

BOLSILIBROS BRUCUERA



Lou CARRIGAN

ELIGE BIEN TU VICTIMA





eb

LOU CARRIGAN

**ELIGE BIEN
TU VÍCTIMA**

Colección LA HUELLA n.º 123
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B 216 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta colección: marzo, 1977

© Lou Carrigan - 1971

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1977

PRELUDIO

Aquello sí que era vida.

Estar tumbado al sol, sin hacer otra cosa que dormitar mientras la piel se iba bronceando y la mente vagaba por pensamientos placenteros. Tumbado al sol, sin nadie que le hablase ni molestase en ningún sentido, sin oír otro sonido que el rumor del mar, muy cerca de sus pies, sobre la dorada arena, y el graznido de alguna gaviota de cuando en cuando. Inerte, desmadejado, en reposo todos los músculos, relajado completamente, teniendo las palmeras detrás, el mar delante, las gaviotas y el sol encima.

Demonios... ¡aquello sí que era vida!

No es que renegase de su vida habitual, no. Al fin y al cabo, ser agente del FBI, no es precisamente una tragedia, ni siquiera algo desagradable, sino todo lo contrario. Se sentía satisfecho, satisfechísimo, de ser un

g-man

. A decir verdad, no cambiaría su profesión por nada del mundo. Por nada. Ni siquiera por tener tantos millones como aquellos señores llamados Rockefeller, Onassis y etcétera. Seguro que no se cambiaría por ellos.

Sólo que, de cuando en cuando, eso de estar tomando el sol sin hacer más que eso, era una auténtica bicoca que había que saber apreciar, valorar. Nada de interrogatorios, tiros, investigaciones, persecuciones... ¡Nada de eso! Periódicamente, un buen descanso para el cuerpo y la mente. Ahí está el truco; trabajar como un esclavo cuando es necesario, y saber descansar como un rey cuando se tiene la oportunidad.

Ahí está el truco.

Un truco que él se sabía muy bien. Sí, señor. Robert.

Alba, de treinta y seis años, alto, guapo, honesto y valeroso, de profesión agente especial del FBI, se sabía muy bien aquel truco, así que, ¡aquello sí que era vida! Podía estar así hasta el día del...

—¿Bombón helado, señor?

Robert Alba respingó fuertemente, se sentó sobre la toalla de vivos, alegres colores, y parpadeó en rápidos guiños casi cómicos. Tardó muy pocos segundos en acomodar sus pupilas a la luz del sol.

¡Y vaya si valía la pena!

Sonrió al contemplar a sus anchas a la muchacha. Era tan rubia como el sol, más bonita que la luna, y tenía los ojos más brillantes que las estrellas. Y si aquello no era un pensamiento poético, que lo emplumasen. Además, la chica iba en *bikini*, lo cual era como poner en un escaparte el más bello objeto artístico del mundo. ¡Ahí va qué bombón! Aunque no helado, claro. Los bombones helados debían estar en aquella cajita rectangular, blanca, que la muchacha llevaba suspendida por una correa.

—Atiza —sonrió Bob Alba.

—Me parece que le he asustado, señor. Discúlpeme.

—Disculpada, preciosa.

—Me llamo Mabel, señor.

—¿De veras? Bueno, pues yo me llamo Robert. Robert Alba... la autorizo para que me llame Bob.

—Es usted muy amable. Llevo días aquí, y no le he visto antes. Usted no es de Pensacola, ¿verdad?

—Verdad.

—¿Está alojado en algún hotel? ¿De vacaciones?

—Algo así. Digamos, un pequeño descanso.

—Oh, entiendo... Espero que haya sabido escoger un buen hotel. Y que disfrute mucho de su descanso. ¿No quiere un bombón helado, señor?

—De acuerdo.

Robert Alba se volvió hacia su bolsa de playa, donde llevaba la toalla, cigarrillos, un libro, lentes de sol, etcétera y dinero. Sacó una moneda, y se volvió de nuevo hacia la muchacha, que estaba mirando en todas direcciones. Quizá buscaba otro futuro cliente, pero no lo iba a encontrar allí, ciertamente. Bob Alba se había asegurado de que ocupaba un lugar aislado, tranquilo, solitario. No cabía duda de que, al llegar hasta allí con su fresca mercancía, la

muchacha demostraba un gran sentido comercial, y no poca tenacidad.

—No verá a nadie por aquí, preciosa —sonrió—. Estamos solos. Como Adán y Eva, o algo así. ¡Ya lo tengo! ¡Usted es Eva, y, en lugar de ofrecerme una manzana, viene a ofrecerme un bombón helado!

La muchacha se echó a reír y abrió la cajita blanca de material hermético y aislante. Una nubecita de frío salió del interior.

—¿En qué hotel está usted, señor? —se interesó.

—Pues en el... ¿Por qué lo pregunta?

—Usted es simpático. Se merece que yo le diga en qué hotel disfrutará más de su... descanso.

—Estoy en el Blue Beach Hotel. ¿Es lo bastante bueno para pasarlo bien?

—Bueno... No es el mejor, pero tampoco está mal. Espero que al menos le hayan dado un cuarto con vistas al mar. ¿Qué número de habitación tiene usted?

Robert Alba parpadeó. Por un instante, su ceño se frunció. Sólo un instante, durante el cual, apareció en los ojos del *g-man* un extraño destello.

—Veo el mar desde la terraza, se lo aseguro —sonrió de nuevo el federal—. ¿Basta con veinticinco centavos?

Mostró la moneda en la palma de la mano, mirando fijamente a la muchacha. Una mirada atenta, expectante, pese a la expresión sonriente de su rostro.

—Sí, señor. Es más que suficiente.

La muchacha llamada Mabel metió la manita dentro de la caja, mientras, con expresión distraída, volvía a mirar a todos lados. Miró de nuevo a Bob Alba, sonriente siempre, y retiró la mano de dentro de la caja, mostrando... una imponente pistola, provista de silenciador, cuyo gatillo apretó inmediatamente.

Plop.

Robert Alba lanzó un alarido, se estremeció, llevó sus manos crispadas al tremendo boquete que la bala hizo en su vientre, y quiso incorporarse.

Plop.

La segunda bala se clavó más arriba, en busca del corazón, y el

impacto lo volvió a sentar, crispado el rostro, desorbitados los ojos.

Plop.

La tercera bala dio de lleno en el corazón, y lo derribó de espaldas, pero encogido, agarrotado, todavía con las manos clavadas en la primera y más dolorosa herida, en el vientre.

Ya no había por qué gastar más balas.

Aquello sí que era muerte.

CAPÍTULO PRIMERO

El coche, grande, negro, serio, cubierto de polvo, se detuvo delante de la estación de policía, y tres hombres se apearon inmediatamente, uno del asiento delantero y dos del trasero. Se reunieron delante de la puerta, fueron hacia allí, y los dos más jóvenes cedieron el paso al de más edad.

Cuando entraron, un policía se les acercó, pero el de más edad, no le dio siquiera tiempo a preguntar nada. Colocó ante sus ojos el estuche de piel, con la tarjeta y la placa, y ya no fueron necesarias más explicaciones. Señaló una puerta, fue hacia allí, la abrió, y dejó pasar a los tres hombres, siempre el mayor delante.

En el despacho policial, el hombre que estaba sentado a la mesa los miró vivamente, se puso en pie, salió de detrás de la mesa y se acercó, tendiendo la diestra.

—¿Inspector Gallup? —susurró.

—Sí. Éstos son mis agentes Daniels y Garret, compañeros de Bob Alba. Supongo que usted es el teniente Murray.

—Sí. —Murray estrechó la mano a los dos

g-men

, y señaló unas sillas—. ¿Quieren sentarse?

—Estamos bien de pie, teniente.

—Como gusten. Bien... Ya les dije por teléfono que siento lo ocurrido, y que...

—No tiene usted por qué disculparse.

—Lo sé, pero... Bien, lo lamento, de veras. Les acompañaré al depósito para que se ocupen de su traslado y demás, y así...

—Uno de mis hombres está ya en el depósito, ocupándose de todo eso. Nosotros queremos saber todo lo que usted haya podido averiguar. Si es que ha averiguado algo, ya que tratándose del

asesinato de un agente del FBI no tenía usted por qué molestarse.

—No ha sido molestia —musitó Murray—. Pero habría preferido no hacer ninguna investigación. Sin embargo, la hice, porque no sabía aún que Robert Alba era del FBI. Una parejita de enamorados que buscaban un lugar solitario en la playa lo vieron, dieron el aviso, y fue recogido y traído a la playa principal. Allá, alguien lo identificó como el simpático atleta que estaba alojado en el Blue Beach Hotel hacía apenas dos días. El conserje del hotel lo identificó también, y nos acompañó a la habitación 221, donde Alba estaba alojado. Tenía muy pocas pertenencias allí.

—Le había dado solamente tres días de permiso —musitó roncamente el inspector Gallup—. No hace falta mucho equipaje para tres días de vacaciones...

—Claro. Bien... Mmmm. Naturalmente, a fines de identificación, tuvimos que registrar su equipaje. Y encontramos su permiso de conducir, dinero... Todo eso. También, su identificación como agente del FBI, con la clave de la Delegación de Mobile, Alabama. Así que... les telefoneé a ustedes allá para...

—Todo eso ya lo sabemos —masculló Gallup.

—Bien... Sí, ya se lo dije a usted, sí...

El inspector Gallup entornó los ojos.

—¿Qué le ocurre a usted, teniente? Parece como si estuviera preocupado, o molesto.

—Estoy apesadumbrado, inspector. Se lo juro.

—Ya le he dicho que no tiene usted culpa de nada. No es su obligación saber o adivinar a quién van a matar, me imagino. Ni siquiera tenía noticias de la existencia de Bob. Si alguien ha querido realizar una venganza personal contra él, nosotros nos encargaremos de...

—No. No, lo siento. Yo... me temo que no ha sido una cosa como la que ustedes suponen. Quiero decir que mi opinión es que no se trata de la venganza de alguien que, en alguna ocasión, salió perjudicado por la labor de Bob Alba como agente del FBI.

Gallup entornó de nuevo los ojos.

—Supongo que no imagina usted eso gratuitamente teniente... Y supongo también que habla así porque sabe algo. ¿Correcto?

Murray asintió con la cabeza, y señaló hacia una mesa metálica situada en un rincón de su oficina. Los cuatro fueron allá, y se

quedaron mirando lo que había en la mesa: una bolsa de playa, simplemente.

—Estaba junto al cadáver. No hay en ella nada que al menos a mí me pudiese servir de pista. Pueden examinarla ustedes, si lo desean. Lo más importante es lo otro.

Gallup detuvo sus manos en el gesto hacia la bolsa.

—¿Qué es lo otro? —Gruñó, casi desabrido.

Murray abrió un cajón de la mesa, y sacó un sobre bastante abultado, que entregó al jefe de la Delegación del FBI, en Mobile, Alabama. El teniente policial no dijo ni una palabra, y Gallup se quedó unos segundos con el sobre en la mano, cabizbajo, contemplándola. Por fin, lo abrió, y sacó de su interior una cuartilla y un buen fajo de billetes, de cien dólares. Calculó por encima que debía haber unos cinco mil dólares. Los desdeñó enseguida, para dedicarse a la cuartilla de blanco papel. La desdobló, y leyó:

«El azúcar llegará a medianoche del 27. Ahí va tu parte por los informes comerciales. Ten cuidado con Zinser y sus socios. Los hemos visto rondando por aquí, y debe estar disgustado por la invasión de su mercado. Llegaremos por Destin. Avisa si hay dificultades.

»M».

—¿Qué demonios significa esto? —masculló Gallup.

—No sé...

—¿No sabe? ¿O no quiere decirlo?

El teniente Murray se pasó la lengua por los labios.

—Mis conclusiones pueden estar equivocadas —susurró—. Por otra parte, no es cuenta mía. Obtengan ustedes las suyas propias.

Los dos agentes del FBI acabaron de leer la nota, y la devolvieron a su jefe. Los dos estaban pálidos. No menos pálidos que el propio Gallup, desde luego.

—Algunos llaman azúcar a la cocaína, señor —susurró Daniels.

Gallup les dirigió una mirada aniquiladora. Pero de nuevo prestó toda su atención a Murray.

—¿Quién es el tal Zinser? —preguntó.

—No lo sé. Pero si juzgamos por la nota, debe ser un competidor de quien se firma M. Un competidor para la venta de azúcar.

Inevitablemente, aunque se arrepintió enseguida, su tono fue un tanto mordaz, y seco. Y no hacía falta ser un genio para preguntarse si unos informes comerciales sobre venta de azúcar merecían un pago de cinco mil dólares. También cabía preguntarse qué dificultades podía encerrar la llegada de un cargamento de azúcar, y por qué había de descargarse esa mercancía a medianoche. Y... ¿una invasión de mercado con azúcar? Chocante. Muy chocante.

—¿Dónde encontró este sobre?

—En la maleta de Robert Alba, por supuesto. Envuelto con un pijama. Lo siento.

—¿Qué quiere decir con «lo siento»? —Gruñó Gallup—. ¿Qué malditos demonios está pensando usted?

—Lo mismo que ustedes. No creo que hagan falta muchas explicaciones.

—¿No cree? Bien. Pues yo le ruego que usted exponga con toda claridad su... teoría, teniente.

—De acuerdo. Para mí, esa nota está escrita de un modo velado, inspector. Las conclusiones que yo he obtenido, y ojalá ustedes puedan más adelante demostrar que me equivoco, son las siguientes; azúcar, es cocaína, desde luego; los informes comerciales, son instrucciones por parte de Robert Alba respecto al mejor lugar para desembarcarla a medianoche, y, al parecer, eligió Destin, localidad costera a treinta y tantas millas al este de aquí, de Pensacola; Zinser y sus socios, deben ser una pandilla dedicada también al contrabando de drogas, que tienen la... exclusividad en el mercado fié Pensacola y alrededores, y, por tanto, no estarán muy contentos con la invasión que M piensa hacer introduciendo cocaína en su zona, así que el tal M aconseja a Robert Alba que tenga cuidado. No creo que pueda estar más claro.

—Según todo eso, nuestro compañero Robert Alba sería un... traidor vendido a los negocios de venta de cocaína del tal M. Y, llegando a conclusiones finales, no tuvo el suficiente cuidado, los «socios» del competidor Zinser lo encontraron en la playa y lo eliminaron.

—No se me ocurre otra cosa —murmuró Murray.

—Teniente —susurró el

g-man

Garret—. ¿Se da usted cuenta de que está diciendo que un agente

del FBI estaba sobornado por traficantes de drogas para ayudarle a introducirlos en el país?

—Me doy cuenta. Pero ni yo, ni ustedes, ni nadie, podría pensar otra cosa leyendo esa nota. Miren, si Robert Alba tenía tres días de vacaciones y quería estar en una playa, cerca de Mobile hay algunas muy buenas: Daphne, Fairhope... Y sin necesidad de cruzar la bahía, tenía las de Fanstinas y Bayou La Batre, entre las más agradables. ¿Por qué venir a Pensacola, a otro Estado?

—Yo sé que a Bob le gustaba Pensacola —masculló Garret.

—Bueno... Si eso significa que ha venido más veces, yo pienso que todavía se complican más las cosas. Inspector, le juro que todo esto me gusta tan poco como a usted, pero no somos personas que escondamos la cabeza bajo el ala cuando algo no nos gustaba, ¿de acuerdo?

El inspector Gallup tragó saliva, con notable dificultad.

—De acuerdo, teniente.

—Gracias. Si me necesitan para algo, estoy a su disposición.

—Lo necesitaremos, desde luego. Vamos a tener que esperar a la medianoche del día veintisiete, sin embargo. Si desembarcan drogas por Destin, se va a llevar una sorpresa muy desagradable... No opinan lo mismo.

Peor sería la nuestra, señor —murmuró Daniels—. Si llegan drogas, habrá que pensar que la teoría del teniente no admite discusiones.

—De todos modos, habrá que montar una buena recepción en las playas que hay cerca de Destin. ¿De cuántos hombres puede disponer, teniente?

—Podría reunir hasta veinte, para una cosa así.

—Espléndido. Nosotros también traeremos más personal. Habrá que prepararlo con instrucciones por parte de Robert Alba respecto al mejor lugar para desembarcarla, a medianoche, y, al parecer, eligió Destin, localidad costera a treinta y tantas millas.

—Miraré a ver si encuentro algo. Si lo mataron en la playa, y el bolso estaba allí...

—Ya tenemos suficiente con esa maldita nota —gruñó Garret—. Si todo es cierto, y atrapamos a esa banda de traficantes, será un éxito, pero... el FBI saldrá muy malparado por la relación de Bob con el asunto. No creo que sea un éxito para ser celebrado.

Quedaron todos silenciosos, rumiando la deprimente verdad que encerraban las palabras del

g-man

. Daniels volvió a meter la mano en la bolsa, y sacó un libro, cuyo título miró. Era *El orgullo de la ley*, de Karl D. Ombaker, un viejo fiscal que exponía en aquellas páginas, el orgullo y la profunda satisfacción moral de quienes servían a la Ley y la Justicia. Tendió el libro a Gallup, y éste se quedó mirándolo, sombrío.

—Estamos locos —susurró—. ¡Bob no ha podido hacer esto!

—Aquí hay una moneda manchada de sangre —mostró Daniels.

—Ah, sí —asintió Murray—. La encontró un empleado del depósito de cadáveres. Robert Alba la tenía en una mano, sujetándola con fuerza contra el vientre, donde recibió uno de los balazos. Seguramente, fue el primero y se llevó las manos ahí... Bueno, es lo que pensé. ¿Quieren que vayamos ya al depósito?

—Está bien —asintió Gallup, haciendo saltar la moneda con sangre seca incrustada—. Por el camino hablaremos de la redada para la noche del veintisiete.

—De acuerdo. Me pregunto si no tendrían que pensar también en investigar el asesinato de Alba en sí, por si las cosas...

—Tenemos al hombre adecuado para eso —aseguró Gallup—. Vamos.

CAPÍTULO II

Estaba de pie, de espaldas a la entrada al depósito, junto a uno de los grandes cajones frigoríficos, que se veía abierto. Destacaban sus largos cabellos negrísimos. Por lo demás, no llamaba demasiado la atención, ni era atlético, al parecer y ni siquiera alto. Nada del otro mundo, desde luego.

—Está ahí y así desde que llegó —dijo el empleado de la Morgue.

Gallup asintió con la cabeza, y, seguido de Murray, Daniels y Garret, se acercó al hombre que les volvía la espalda. Ni siquiera los miró cuando se colocaron a su lado, para contemplar el cadáver de Robert Alba, metido en aquel cajón, envuelto en el blanco sudario. Del interior de la múltiple cámara brotaba un frío que hizo estremecer a los recién llegados, pero que no parecía afectar en lo más mínimo al inmóvil personaje.

Sombríamente, todos miraron el cadáver de Robert Alba, rígido, cerúleo.

Por fin, Gallup dio la vuelta al gran cajón y se colocó delante del silencioso y hasta entonces solitario contemplador de la Muerte. Tragó saliva, y musitó:

—Lee.

El solitario y sombrío personaje alzó la cabeza, y sus ojos, negros, duros, fríos, quedaron fijos en los de Gallup, mientras, al ver aquellos ojos como bolitas de hielo negro, el teniente Murray volvía a estremecerse.

—Diga, señor.

—Está bien, muchacho —susurró Gallup—. Todo ha terminado. Ahora, nosotros tenemos trabajo que hacer.

—Sí, señor.

—¿Te has ocupado de los trámites del traslado?

—No señor, lo siento. He estado todo el rato mirando a Bob.

—De acuerdo. Ahora, tú y yo tenemos que charlar. Iremos a algún despacho de aquí mismo. Garret y Daniels se encargarán de lo demás... ¿Vamos?

—Cuando guste, señor.

Gallup les hizo una seña a los otros dos

g-men

, y se encaminó hacia la puerta con el llamado Lee.

Cuando hubieron salido de allí, el teniente Murray expulsó con fuerza el aire que sin darse cuenta había estado reteniendo.

—Demonios, qué personaje tan... lúgubre —masculló—. Supongo que es uno de ustedes... Del FBI, quiero decir.

—Lo es —asintió Daniels.

—Se llama Lee Dasch. Estuvo con Bob Alba en la Academia, y luego los destinaron juntos a Mobile. Hasta ahora. —Garret señaló a Bob Alba—, llevaban más de cuatro años juntos. Y está bien claro que a Lee no le ha gustado esta separación, teniente.

—Sí, entiendo, claro... ¿Se encargará él del asunto?

—Del asesinato en sí, como usted dice, desde luego. Lee lo llevará todo, por esa parte.

—¿Es... efectivo?

Garret y Daniels cambiaron una mirada, y casi sonrieron, si bien secamente.

—Le diré una cosa, teniente: el jefe va a poner ahora a Lee al corriente de todo lo que sabemos sobre el caso. Pues bien, si yo fuese la persona que ha matado a Bob, y supiese que Lee Dasch toma el caso por su cuenta, tomaría el avión para China ahora mismo. Y ya en China, pasaría al Tíbet. Y ya en el Tíbet, buscaría la montaña más alta, y me quedaría allí para siempre.

—Hasta que Lee te encontrase —deslizó Daniels.

—Oh, claro. Eso es inevitable. Si quería saber cómo es Lee Dasch, ya lo sabe, teniente. Espero que me haya comprendido.

—¿Alguna duda, Lee? —musitó Gallup.

—Básicamente, sólo una, señor.

—Adelante. ¿De qué se trata?

—¿Alguna vez tuvo usted la impresión de que Bob era idiota?

Gallup parpadeó.

—No... Desde luego que no. Todo lo contrario.

—De acuerdo completamente. ¿Tengo el caso, en esta parte de la investigación?

—Por supuesto. ¿Por qué me has preguntado si Bob era idiota?

—Porque al parecer, usted yo, y los demás compañeros que hemos estado tratando a Bob, no le conocíamos bien. Era idiota.

—¿Te refieres a la nota? —inquirió.

—Naturalmente. Sólo un idiota guardaría una nota como ésa. Los cinco mil dólares están bien. No hay por qué quemar o destruir de cualquier forma una fortunita como ésa. Pero sólo un idiota guardaría la nota. Y si nosotros estamos convencidos de que Bob no lo era, sólo podemos pensar que no fue él quien guardó la nota en su maleta.

—¿Y los cinco mil dólares?

—Forman parte del juego. Con una nota y cinco mil dólares se pretende tomarnos el pelo, y, ni más ni menos, dejar las cosas de modo que parezca que un agente especial del FBI era un traidor, un... vendido.

—Parece que están menospreciando nuestra inteligencia, ¿verdad? —Volvió a sonreír prietamente Gallup.

—Sí. Eso están haciendo. Todo esto es tan absurdo para quienes conocíamos bien a Bob que casi me siento irritado. Ese teniente Murray es un cretino.

—Bueno... Ten en cuenta que él no conocía a Bob, hombre...

—Sí, claro. Bien, siento haber dicho eso. ¿De cuánto era la moneda?

—¿Qué moneda?

—La que está manchada de sangre; la que tenía Bob en la mano, apretándola contra la herida.

—Ya, ya... De veinticinco centavos. ¿Quieres ir a verla?

—No. Si más adelante lo creyese conveniente, haría una visita subrepticia al teniente Murray. Pero, de momento, no quiero tener más tratos con ustedes.

—¿Cómo? —exclamó Gallup.

—Que no nos conocemos, señor. Usted y los muchachos se van a encargar del traslado de Bob, de investigaciones oficiales, de formar el grupo que tendrá que ir a la playa de Destin la noche del veintisiete... Todo eso. Yo, oficialmente, llegaré a Pensacola esta

noche, como un veraneante cualquiera. Ni les conozco, ni me conocen.

—Puedes llegar a necesitar ayuda, Lee.

—Los llamaría por la radio de bolsillo, o me las arreglaría para avisar al teniente Murray. Mire, señor, esa gente, sean quienes sean, nos están restregando por las narices una pista falsa, ¿no es así? Pues hagamos nosotros lo mismo.

Gallup quedó pensativo. Poco a poco, en sus claros ojos fue apareciendo una lucecita de ira cada vez más intensa.

—De acuerdo —gruñó—: nosotros siempre sabemos seguir cualquier juego, tienes razón. Ten mucho cuidado, Lee.

—Puede estar seguro de una cosa, señor; a mí no me pillarán desprevenido. Se lo garantizo.

CAPÍTULO III

El hombre que estaba al volante volvió la cabeza hacia el asiento de atrás.

—Ahí salen —susurró.

—Ya los vemos, Steyn. Los mismos de antes: el teniente Murray, y los tres tipos que deben ser del FBI atrás, se volvió sarcástica. — Un gran acierto de nuestra querida Mabel: eligió nada menos que un agente del FBI para el plan.

Se quedó mirando a la muchacha que se sentaba a su lado. Para describir a ésta se podría decir que era tan rubia como el sol, más bonita que la luna, y tenía los ojos más brillantes que las estrellas. Sólo que ahora no llevaba *bikini*, ni vendía bombones helados. Estaba preciosa y graciosísima con su colita de rubios cabellos, sus grandes ojos azules, y su vestidito estival, tan escotado y ligerito. Un encanto.

El hombre que se sentaba a su lado no era ningún encanto: de rostro duro, barbudo, ceñudo, no inspiraba la menor simpatía. Sus ojos grises parecían congelados, o vitrificados, quizá. Vestía pantalones claros y una camisa de colores; calzaba sandalias. El tipo que estaba al volante, el llamado Steyn, era corriente y vulgar como una banana. Lo único que podía llamar la atención sobre él era la pequeña cicatriz en la punta de la barbilla.

—¿Cómo podía yo saber que aquel hombre era del FBI? — protestó Mabel—. Ni siquiera tú lo habrías adivinado, Lucius.

El barbudo soltó un gruñido. Su fría mirada fue hacia la salida de la Morgue, donde estaban los cuatro hombres, dispuestos a subir ya al polvoriento coche negro sin distintivo especial alguno. Parecía que estaban cambiando impresiones. Por fin, los cuatro entraron en el coche, y los tres se encogieron un poco y volvieron la cabeza

hacia el otro lado, hasta que el coche con Murray, Gallup, Daniels y Garret, hubo quedado lejos.

—A pesar mío, tienes razón, Mabel —admitió por fin el barbudo Lucius—: ni yo, ni nadie, podría haber adivinado que la víctima elegida era del FBI. Mala suerte.

—¿Repetimos el plan con otro? —propuso Mabel.

—¿Estás loca? Ya sería demasiada suerte que el FBI aceptase el hecho de que uno de los suyos es un cómplice de traficantes de drogas. Tiene que estar dudando, desconfiando de la autenticidad de esa nota. Si ahora matamos a otro hombre, y ponemos en su maleta otros cinco mil dólares y otra nota, lo echaríamos todo a perder. Hay que dejar las cosas como están... pero vigilando a ese teniente... ¿Cómo has dicho que se llama?

—Murray —informó Mabel—. Me informé sobre él. Es bastante popular y lo consideran un buen policía.

—Bien... Habrá que vigilarlo a él, y a esos tres, que tienen que ser del FBI. Tú y Steyn os encargaréis de ello. ¡Y mucho cuidado con dar un solo paso en falso, Mabel! Maldita sea, si hubiese elegido a un tipo cualquiera, todo iría a pedir de boca.

—No debes ser tan exigente conmigo —protestó de nuevo la bella rubita—. Lo hice todo bien, ¿no es cierto? Maté a un hombre después de enterarme de si convenía como víctima. ¡Y vaya si convenía! Estaba solo, lejos de la playa principal, era forastero, estaba en un hotel. Me enteré de su nombre, de su hotel. Lo maté, fui luego a su hotel, dejé la nota y el dinero en su maleta después de la dificultad que tuve para enterarme de cuál era su habitación y no te digo nada lo que me costó abrir la puerta con la ganzúa... Querido, lo he hecho todo bien, como tú planteaste... ¿Vas a reprocharme que no sea una adivina?

—Tienes razón —admitió de nuevo el disgustado Lucius; acercó a Mabel, y la besó en la boca, cariñosamente—. Además, la cosa ya no tiene remedio. Desde luego, nada de repetir el truco con otro hombre para orientar al FBI, o a la policía hacia ese desembarco de drogas. Todo está bien montado, así que... esperearemos a ver si ellos caen en la trampa.

—Si no pican en el anzuelo —deslizó Steyn—, tendremos bastantes dificultades, Lucius, porque la noche del veintisiete los guardacostas no recibirán órdenes de merodear por Destin, y

entonces, la vigilancia será normal, extendida por toda la costa, como es habitual.

—Ya lo sé —gruñó Lucius—. Bien... eso es cosa vuestra. Vigiladme bien a esos cuatro hombres, y estar atentos. Tenéis que saber si empiezan a concentrar hombres cerca de Destin. Si lo hacen así, es que todo ha salido bien, y desembarcaremos el material en Gulf Shores, a más de cincuenta millas de Destin, sin vigilancia de los guardacostas. Es un material muy comprometedor, y un plan muy arriesgado. No quiero cometer el más pequeño fallo.

—Descuida. Nosotros vigilarémos a esa gente, y sabremos si dirigen toda su atención hacia Destin.

—Está bien. Vámonos de aquí. Dejadme en la siguiente esquina, y empezad la vigilancia. ¡Maldita sea! ¡Mira que ir a tropezar con un agente del FBI! ¡Con la de gente que hay en el mundo!

CAPÍTULO IV

—Dasch. Lee Dasch... Pero no se moleste; no tengo reserva.

El conserje del Blue Beach Hotel alzó las cejas, en un gesto de desaliento.

—En tal caso, señor Dasch, lo siento de veras, pero temo que no podré servirlo. La temporada...

—Sí, entiendo. Bueno, no quiero parecerle pesado, pero le agradecería mucho que hiciera lo posible por acomodarme. Vengo de muy lejos, estoy cansado. Y he oído hablar muy bien de este hotel. No quisiera ir a otro.

—Lo comprendo. Y le agradezco sus palabras sobre el hotel, pero... En fin, voy a mirar, y ojalá pueda complacerle —sacó el libro de registro, lo estudió detenidamente, y movió la cabeza, pesaroso—. ¿Estará mucho tiempo aquí?

—Había pensado tomarme una semana de descanso, más o menos.

—Una semana. Bien... podemos arreglarlo, pero no sé si le gustará la solución: tendría usted que ocupar durante dos días una habitación, y desalojarla entonces, para pasar a otra, que quedará libre y que...

—Por mí está bien. Lo importante es quedarme, y descansar en este espléndido hotel. Se lo agradezco mucho.

Sin más dificultades, Lee Dasch firmó en el registro, dio las llaves del coche a un botones, y poco después, ya recogido por éste el exiguo equipaje, ambos tomaban el ascensor.

—He ahí —dijo el conserje a otro botones— un caballero amable y simpático, *Curry*.

—¿Sí? Pues parece un enterrador. Nunca he visto una cara más seria que ésta.

—¡Bah! Eres muy joven. ¡Te falta mucha mundología, muchacho!

Arriba, en el tercer piso, el botones abrió la puerta de la habitación 314, entró el equipaje, aceptó con una sonrisa la propina y dejó a Lee Dasch solo. Impávido siempre como un pino, el *g-man*

tomó su maleta, fue al dormitorio, colocó en un santiamén sus cosas en el armario, se dio una vuelta por la habitación, y salió a la terraza, encendiendo un cigarrillo.

Todavía quedaba un poco de sol, de color rojo intenso, y el mar parecía un terso espejo azul oscuro. Desde allí, se veía la larguísima playa. A la izquierda, más hoteles, muchos hoteles. A la derecha, ya no había más. No había nada. Sólo playa, con las palmeras casi llegando al agua. Una de las muy buenas razones que se podían tener para elegir el Blue Beach Hotel era precisamente aquélla: su aislamiento, su tranquilidad. Y ésta sí era una cosa que haría un agente del FBI que podía disponer de tres días de fiesta, buscar paz y tranquilidad.

Mientras fumaba, la negra, dura y fría mirada de Lee Dasch permanecía fija en aquella playa solitaria, al otro lado del grupo de rocas. Allá, mientras tomaba el sol y descansaba muy merecidamente, Robert Alba, un agente del FBI, un servidor de la Ley, un hombre honrado, un excelente amigo, había sido asesinado. Fríamente, desde luego, ya que todo lo que Bob había tenido en las manos en el momento de morir, era una moneda de veinticinco centavos. Desconcertante arma, sin duda.

Una moneda de veinticinco centavos, y... la muerte.

Fruncido el ceño, más sombrío que nunca, Lee Dasch regresó al interior de su habitación, fue hacia el teléfono y lo descolgó.

—Por favor, póngame con la habitación 221 —pidió.

—Sí, espero.

Acabó el cigarrillo, lo aplastó en el cenicero...

—Sí, diga. ¿No contestan?

—Bien. Gracias.

—No, no... Ningún recado. Ya volveré a llamar, si acaso. De nuevo gracias.

Colgó, fue al armario, sacó su pistola del doble fondo de la maleta, y se la colocó en la axila. Luego, del estuche de aseo, sacó

varias ganzúas de debajo del forro, y las estuvo comparando con la llave de su habitación. Separó una, se la metió en el bolsillo, lo dejó todo en su sitio, y salió de la habitación. Bajó al segundo piso, buscó la habitación 221, miró a ambos lados del pasillo, y, sin el menor titubeo metió la ganzúa en la cerradura.

Chack.

Abierta. La empujó, entró, y retiró la ganzúa; se la guardó, y, de pronto, se inclinó hacia la cerradura. A los pocos segundos de estar observándola atentamente, una dura mueca apareció en el hermético rostro del

g-man

. Muy bien. Indudablemente, no todo el mundo sabía usar las ganzúas con su habilidad, con su delicadeza. Era un detalle digno de ser tenido en cuenta.

Cerró la puerta, encendió la luz, y se quedó mirando a todos lados, frunció el ceño.

Desde luego ni se hacía ilusiones ni se creía un superdotado. Si la policía no había encontrado allí ninguna pista digna de interés, debía ser porque no la había, simplemente. Pero... nunca se sabe.

Pasó al dormitorio, examinó el cuarto de baño, regresó al diminuto saloncito, echó un vistazo hacia el mar desde detrás de los cristales de la terraza... Quedó contemplando el panorama que se le ofrecía desde el observatorio casual que suponía aquel mirador, pero no veía sino mar. Se veía el mar también desde allí, pero no la parte de playa que él podía contemplar desde su terraza, sino más hacia Pensacola.

De acuerdo, todo eso no debía tener importancia.

Volvió al dormitorio, abrió el armario, y se quedó contemplando su contenido. Ni una sola prenda de hombre. Sólo de mujer. Una mujer... La idea no era mala: una mujer. Para pillar de aquel modo a Bob Alba lo ideal era una mujer, desde luego. Por sistema, por vicio profesional, un

g-man

prestaría toda su atención a un hombre que se acercase a él, en un lugar solitario, y además, vestido para poder llevar la pistola bien oculta bajo la ropa. En cambio, posiblemente, no desconfiaría de una mujer. No demasiado, al menos. Aunque quizá sí le llamaría la atención de una mujer caminando por la playa...

Tonterías. A fin de cuentas, lo más absurdo que podía hacer una persona, era matar a otra y luego ir a ocupar el cuarto que había dejado vacante en un hotel. Ésa sería una imprudencia rayana en la imbecilidad. De modo que... No. La persona que ocupaba ahora aquella habitación no podía tener nada que ver con la muerte de Bob.

A menos que éste se hubiera enterado de algo, y temieran que hubiera dejado algún mensaje o pista en su habitación. Esto sí tenía un cierto sentido, ya que entonces, nada mejor que ocupar la habitación del agente del FBI asesinado para registrarla cómodamente. En tal caso...

Las orejas de Lee Dasch parecieron moverse, de pronto. Su delgado cuerpo se tensó, su cabeza se volvió vivamente hacia la puerta del dormitorio... El ruidito metálico en la cerradura de la puerta de la habitación se repitió. Chascó la cerradura, la puerta se abrió, se oyeron pisadas...

Velozmente, el

g-man

pasó al cuarto de baño, y dejó la puerta entornada, con una abertura de apenas una pulgada. Los pasos se oyeron enseguida; claramente, en el dormitorio. Pasos de mujer, desde luego. Tacón alto, pasos cortos, sonoros. Durante unos segundos, los estuvo oyendo, de un lado a otro del dormitorio. De pronto, dejó de oírlos. Aguzó el oído, y percibió entonces el rumor de los mismos pasos, pero... Sí; se había quitado los zapatos y puesto unas zapatillas. Eso era. La puerta del armario fue apartada. Unos segundos de silencio. Un silencio tan completo que el

g-man

frunció el ceño, y llevó la mano a su pistola.

Ssss... Ssss... Ssss... Ssss... Los suaves pasos se acercaron a la puerta del cuarto de baño. Lee Dasch se colocó en un rincón, entornados los ojos, fría la mirada, listo para sacar la pistola. La puerta se abrió de pronto, y una mujer entró en el cuarto de baño.

Efectivamente, llevaba zapatillas.

Vio a Lee inmediatamente. Su boca se abrió en un crispado gesto de sobresalto, de sorpresa, de espanto quizá, emitiendo un gemidito de sobresalto. En su pálido, demudado rostro, destacaban los grandes ojos oscuros, desorbitados, fijos en el agente del FBI.

—¿Quién es usted? —gritó agudamente—. ¿Qué hace aquí? ¡Salga de mí baño inmediatamente!

Lee Dasch había retirado ya la mano de su pistola, y se limitó a asentir con la cabeza, impávido como una piedra.

—Discúlpeme —musitó—. Buenas noches, señorita.

Como si aquella fuese la situación más natural del mundo, salió del cuarto de baño, tranquilamente. La muchacha, tras un segundo todavía de estupefacción, salió tras él.

—¡Quieto ahí! —ordenó—. ¡Usted no sale de aquí hasta que esto se aclare! ¡Lo voy a denunciar!

En el centro del dormitorio, Dasch se volvió, y miró inexpresivamente a la muchacha. Una inexpresividad que posiblemente él sería el único hombre del mundo en esgrimir, ya que viendo a aquella mujer se debía experimentar, por lo menos, un sobresalto de admiración. Alta, magníficamente formada, de largos cabellos negros, ojos osemos, boca grande y sonrosada, cuello deliciosamente largo y blanco, hombros magníficos, una maravilla envuelta en una toalla.

—Le suplico que no lo haga, señorita —pidió, con tono más bien indiferente—: todo ha sido un error.

—¡Nada de errores! ¡Usted es un... un sinvergüenza... o un ladrón! ¡Voy a...!

—Perdóneme —musitó Lee—, pero insisto en que ha sido un error.

—¿Estaba usted escondido en mi cuarto de baño... por error?

—Así es. Verá, confundí su habitación con la mía, así que entré, naturalmente. He llegado hace poco al hotel, bajé al bar para tomar un trago, y al volver me equivoqué. Lo siento de veras.

—¡Usted estaba escondido en el baño!

—¿Escondido...? Bien, eso sí lo admito. Supongo que no va a creermelo, pero, apenas acababa de abrir el armario, oí abrirse la puerta de la habitación. Al mismo tiempo, vi ropas de mujer, comprendí que me había equivocado, y preferí esconderme hasta que quien llegaba volviera a marcharse, precisamente para evitar estas enojosas explicaciones.

—¿Pretende tomarme el pelo? ¡Usted es un...!

—Sí, ya sé. Un ladrón, o un sinvergüenza. Bien... Lamento que no me crea: llame al conserje, o a la policía, si lo prefiere. Espero

que podamos aclarar esta situación a su gusto.

Señaló el teléfono, y quedó inmóvil, con los brazos caídos, el rostro relajado, inexpresivo. En aquella postura, el caballero que se había equivocado de habitación parecía capaz de pasarse años y años. Como un faquir de esos que se quedan inmóviles como estatuas.

Por fin, la bella joven señaló con un delicioso bracito hacia la puerta.

—Márchese. ¡Y espero que no vuelva a equivocarse!

—Yo también lo espero. Buenas noches... y perdón de nuevo, señorita.

Lee Dasch abandonó la habitación, y la muchacha permaneció inmóvil unos segundos. Por fin, regresó al cuarto de baño, se quitó la toalla, y se metió en la bañera, aún con el ceño fruncido. Abrió el grifo del agua caliente de la ducha y, de pronto, sonrió.

—Tiene que ser un ladrón —pensó—, porque es imposible que un hombre con esa cara sea un sinvergüenza. Y... debo ser tonta, porque me gustaría volver a verlo. ¿Será verdad que está en este hotel?

CAPÍTULO V

El camarero había fruncido el ceño, con un esfuerzo pensatorio. Por fin, movió negativamente la cabeza.

—Pues no... No señor, lo siento: no conozco a ningún caballero llamado Zinser.

—Me dijeron que estaría por aquí —musitó Lee Dasch—. En fin, seguiré preguntando. Muchas gracias.

—De nada, señor. ¿Desea alguna cosa más?

—No, no... Bueno, una cosa: si no le molesta, vea de enterarse con sus compañeros respecto a si hay en el hotel, o por aquí cerca, el caballero que estoy buscando. Zinser. ¿Lo recordará?

—Desde luego, señor —aseguró el camarero, tomando la propina de veinte dólares, nada menos.

Se alejó hacia el mostrador, de modo que Lee quedó solo ante su mesa, en la terraza del hotel, rodeada de palmeras y adornada con tiestos magníficamente floridos. Había un ambiente grato y tranquilo allí. Ciertamente, no era un hotel de lujo, pero casi lo rozaba. Sí señor: Bob Alba, y cualquier agente del FBI, tenía derecho a descansar allí. Un poco caro, pero conveniente. Se veían bellas damas, amables caballeros con rostros honrados, sonrisas, buenos modales... un sitio estupendo. Y sedante. Frente a la terraza, el mar, tranquilo, lanzaba rumorosas olas coronadas de delgadas líneas de blanca espuma hacia la arena...

Mientras pensaba todo esto y miraba hacia el mar, Lee Dasch alzó su

high-ball

, y también la cabeza, para beber. Fue entonces cuando notó aquella presencia, a su lado, a la izquierda. Volvió la cabeza, alzándola un poco más... y tuvo que hacer un esfuerzo para conservar su

inexpresividad. Lo consiguió, sin embargo, pese a la deslumbrante belleza de la muchacha en traje de noche que tenía junto a él. El escote era sensacional, los hombros brillaban como seda, y los oscuros ojos, grandísimos, estaban fijos en los suyos, con una expresión inquisitiva, curiosa.

Era una visión como para lanzar un grito y morir de un síncope.

Lee Dasch, simplemente, se puso en pie, imperturbable.

—Buenas noches —saludó, por decir algo.

—Buenas noches... de nuevo, señor Dasch.

—Ya. Espero que no me guarde rencor.

—No lo sé. Pero no me fío de usted, así que todavía puede que lo denuncie. ¿Puedo sentarme?

—Por supuesto.

La muchacha se sentó, agradeciendo con una sonrisa a Lee su cortesía al apartarle la silla. Luego, se quedó mirando a todos lados, sonriente, tranquila, mientras el

g-man

, de nuevo sentado y con el vaso en una mano, la contemplaba atentamente.

—Se está bien aquí, ¿verdad? —comentó la muchacha.

—Muy bien. ¿Me permite invitarla a algo?

—Tomaré lo mismo que usted, gracias.

Dasch hizo señas al camarero, indicándole su bebida, y volvió a mirar a la bella joven.

—Cómo ve, estoy efectivamente alojado en este hotel —murmuró—. No veo razón alguna para que me denuncie. Mi error al entrar en su habitación...

—Oh, vamos, vamos, señor Dasch: no hubo tal error.

—¿Me conoce usted?

—Desde que lo encontré en mi cuarto de baño.

—No creo haberle dicho mi nombre entonces.

—Ciertamente que no. Pero sí me lo ha dicho el conserje. Le he preguntado por el caballero flaco y serio que llegó al hotel, y me ha dicho que está inscrito con el nombre de Lee Dasch, y que ocupa la habitación 314.

—Me pregunto si merezco tanto interés por su parte, señorita... señorita...

—Gertrude Pitts. ¿No se ha interesado por mí?

—Pues... lo lamento, pero no. ¿Debí hacerlo?

—No sé. Seguramente, no. Fue usted quien entró en mi habitación, no yo en la suya.

—Entiendo.

El camarero llegó con otro *whisky* con soda para la muchacha, y ésta bebió un sorbito, siempre mirando muy atentamente al

G-man

. Dejó el vaso, y sonrió.

—Es usted un hombre... extraño, señor Dasch.

—¿Extraño? ¿En qué sentido?

—Pues... cualquier hombre, creo yo, habría aprovechado mis palabras para decirme que, en lo de ser yo quien entrase en su habitación todavía estábamos a tiempo.

—Ah. Ya entiendo. Bien, a mí no me gusta perder el tiempo en tonterías, señorita Pitts.

—¿Le parecería una tontería que yo entrase en su habitación?

—¿Entraría usted si yo le insinuase esa... visita?

—No.

—Entonces habría sido una tontería por mí parte pedírsela, ¿no le parece?

—¡Diana! —rió la muchacha—. Es usted muy cauto, señor Dasch. Claro que... tiene que serlo. En su profesión debe andar siempre con mucho cuidado.

—¿Conoce usted mi profesión?

—Desde luego.

Dasch apretó los labios en lo que podía parecer remotamente una sonrisa.

—¿Y cuál es mi profesión, señorita Pitts?

—Ladrón. De guante blanco, claro.

—Oh. Dígame: ¿cómo ha podido descubrirme?

—Ya le he dicho que pregunté por usted en conserjería. Nombre: Lee Dasch. Habitación: 314. Por tanto, un ladrón.

—Temo que no la entiendo. ¿Un cigarrillo?

La muchacha aceptó, Dasch encendió ambos cigarrillos, y se quedó mirándola, con una chispa de irónico interés en sus negríssimos ojos duros y fríos.

—Se lo explicaré —sonrió Gertrude Pitts—. Si mi habitación hubiera sido la 214, la 212 o la 216, la 312 o la 316, se podría

pensar en un error, ciertamente. ¿Por qué no? La 214, porque está inmediatamente debajo de la 314, que es la de usted. Y las otras, porque son las que están a ambos lados. Cabría admitir una equivocación. Pero la 314, que es la de usted y está en el tercer piso, no tiene similitud alguna con la 221, que es la mía y está en el segundo piso. Eso aparte, dudo mucho que la llave de su habitación sirviera para abrir la mía. En cuyo caso, usted tuvo que utilizar una ganzúa, o algo así. ¿Me entiende ahora?

—Desde luego. Es usted muy inteligente.

—Entonces... ¿he acertado?

—Lamento defraudarla: no.

—Oh.

—Siento decepcionarla —hizo Dasch otro simulacro de sonrisa.

—No me decepciona. Simplemente, me convence usted de que, además de ladrón, es embustero.

—Según parece, no tengo desperdicio.

—Sus buenos modales no pueden engañarme, señor Dasch.

—Esto es terrible para mí. Pero dígame: ¿faltaba algo en su habitación?

—No.

—En tal caso...

—No le di tiempo, señor Dasch.

—Ah, claro... Bien, parece que mi profesión está ya bien definida, y que no voy a convencerla de lo contrario. ¿A qué se dedica usted? ¿Es detective?

—¡No! —rió la muchacha—. ¡Soy escultora!

—¿De veras?

—Y yo no miento. Es precisamente por eso que le he abordado, señor Dasch: me gustaría hacer su cabeza.

—Ya está hecha, gracias.

—¡Quiero decir modelarla en arcilla! —rió de nuevo Gertrude.

—Ah. ¿Me está proponiendo que sea su modelo?

—Exactamente.

—¿Ahora? ¿Esta noche?

—No, no... Mañana. O pasado. Provisionalmente, estoy instalada en este hotel, pero he venido a Pensacola para quedarme, y pienso comprar un chalet cerca del mar, para trabajar aquí durante unos meses, o unos años. Depende de lo que me guste el

lugar. Mis cosas llegarán dentro de un par de días, espero.

—En tal caso, deberíamos hablar de eso dentro de un par de días, si le parece bien. Aunque quizá para entonces no esté aquí. Yo no he venido a quedarme, sino a resolver irnos pequeños negocios.

—Ya, ya... Espero que no lo intente de nuevo conmigo.

—Evitaré la habitación 221. Bien... Si me perdona...

—¡Cómo! ¿Se va usted?

—Tengo cosas que hacer. Debo encontrar a una persona, para resolver mis negocios. Quizá usted haya oído su nombre... ¿Cuánto hace que está en el hotel?

—Llegué esta mañana.

—Entonces, no creo que pueda ayudarme. De todos modos... ¿conoce a un hombre llamado Zinser?

—No. ¿Es un... colega de usted?

—Algo así. Si llegara usted a oír su nombre, por favor, avíseme.

—¿De verdad piensa dejarme sola aquí?

—Me imagino que encontrará compañía enseguida, señorita Pitts.

—Seguramente. Pero yo me he vestido así para salir con usted.

—Usted es persona de admirable buen humor. Supongo que está bromeando.

—No. Me interesa usted, señor Dasch. No sólo lo encuentro interesante y atractivo, sino que antes de empezar a modelar su cabeza, quisiera tratarlo mi poco más, estudiar sus gestos... Eso es básico para poder hacer una buena cabeza.

—¿Cree que le favorecería frecuentar la compañía de un ladrón? Si más adelante me descubriesen, pensarían que usted era mi cómplice.

—Correré ese riesgo. ¿Adónde vamos?

Lee Dasch entornó los ojos un instante. ¿Realmente él era tan interesante y atractivo? Quizá, pero lo cierto era que no resultaba una compañía precisamente divertida. Ni siquiera era galante, porque desde siempre había detestado ir diciéndoles a las mujeres cosas como «bombón», «rica», «estás como un tren», «por ti iría a la Luna sin cápsula espacial» y cosas así. ¿Verdaderamente Gertrude Pitts se llamaba así, era escultora, y le interesaba «hacer» su cabeza?

—Había pensado darme unas vueltas por los clubs de la playa,

terrazas de otros hoteles, y sitios así, para ver si consigo encontrar a Zinser.

—Podemos buscarlo juntos. Oh, déjeme ayudarle, señor Dasch, se lo suplico.

—De acuerdo.

Se puso en pie, apartó la silla de la muchacha, la tomó del brazo, y salieron de la terraza.

Era algo más de la una de la madrugada cuando Lee Dasch tomó la llave de manos de Gertrude Pitts, la introdujo en la cerradura, y abrió la puerta de la habitación 221. La empujó, se colocó a un lado, y alargó la llave.

—Final de jornada, señorita Pitts —dijo—. Supongo que no se ha divertido demasiado en mi compañía.

—Ha sido terrible —suspiró ella—. Nos hemos pasado la noche yendo de un lado a otro buscando a su amigo Zinser. ¿No le parece posible que lo haya atrapado la policía?

—Podría ser. Espero que usted, al menos, haya obtenido algún beneficio de nuestra noche de juerga... Me refiero a que me habrá estudiado lo suficiente para poder empezar en el acto mi cabeza.

—Bastante, sí.

—Me alegro por usted, Bien... Hasta la vista.

Se dispuso a dar la vuelta y alejarse, pero Gertrude Pitts lo asió por una solapa, suavemente.

—Lee Dasch —refunfuñó—: eres de verdad un hombre antipático. Ni una sola vez has intentado besarme... ¿Por qué?

—No se me ocurrió.

Gertrude quedó estupefacta. De pronto, enrojeció violentamente, soltó a Dasch, entró en su habitación, y antes de cerrar la puerta con fuerza, exclamó:

—¡Estúpido!

El

g-man

se quedó un par de segundos ante la puerta cerrada. Por fin, alzó las cejas, en un gesto de incomprensión, y encogió los hombros. Se alejó hacia las escaleras, subió al tercer piso, y entró en su habitación. Inmediatamente, sacó la radio de bolsillo de su escondrijo en el doble fondo de la maleta, y apretó el botón de llamada. La respuesta llegó poco menos que en el acto.

—¿Sí?

—Soy Lee, señor. ¿Alguna novedad?

—Nada por nuestra parte, Lee. ¿Y por la tuya?

—No sé. He gastado un par de zapatos recorriendo toda la playa, preguntando por Zinser, pero no he obtenido resultados hasta ahora... De todos modos, no creo que haya nadie en Pensacola que ignore que un tipo llamado Lee Dasch, alojado en el Blue Beach Hotel, anda buscando al tal Zinser.

—Es un modo peligroso de enfocar la búsqueda, Lee.

—No me importa. Le he dejado un par de recados en dos clubs nocturnos, señor, a nombre de Michael Bowe. Uno de esos clubs es el Maxwells; el otro es el Pico de Oro. Envíe a uno de los muchachos a recoger esos paquetes. Con cuidado: uno de ellos contiene una copa.

—Explícate mejor.

—Hay una chica en este hotel que, por su actitud, parece haberse enamorado de mí, señor. Pero como eso me parece poco probable, yo estoy haciendo mi propio juego. En esa copa están sus huellas digitales. En el otro paquete más pequeño, hay una película de microfotos de mí encendedor, con varias fotos de la muchacha. Dice llamarse Gertrude Pitts, y ser escultora, procedente de Chicago, que no le gusta aquello, y que ha decidido instalarse en el Sur. Su último alojamiento, en Chicago, fue un chalet en las afueras de Chicago, en el 2447 de Drive View Lake, según he podido sonsacarle. Aunque no es difícil. Parece de una sinceridad que resulta terriblemente ingenua. ¿Se ocupará de esto, señor?

—Inmediatamente, además. Lee, ten cuidado: puede que a Bob le matase una mujer.

—Ya pensé en eso.

—Bien. Haré lo posible por tener algo para ti sobre la señorita Pitts para mañana al mediodía. ¿Algo más?

—No, señor. Y no me llame usted a mí. Yo le llamaré cuando me sea posible. Tengo la impresión de que esa chica no va a dejarme a sol ni a sombra.

CAPÍTULO VI

—Que día tan hermoso de sol hace hoy, ¿verdad?

Lee Dasch alzó y volvió la cabeza, para contemplar con comodidad a la muchacha. En realidad, la contemplaba todo el mundo, porque si algo valía la pena de mirar en la playa del hotel era precisamente a Gertrude Pitts, que con su bikini color oro estaba que tiraba de espaldas.

Pero, quizá porque ya estaba tumbado de espaldas, el *g-man*

aceptó su belleza y su presencia con absoluta impavidez.

—Un día muy hermoso de sol, en efecto —asintió.

Gertrude Pitts extendió la toalla junto a la de Lee, y se tendió. Esto fue una gran decepción para los demás bañistas masculinos, que decidieron volver a su discreción habitual, so pena de resultar impertinentes. En la orilla del mar jugaban unos niños, un poco más allá alborotaba un grupo de jóvenes, mar adentro se veían blancos *snipes*.

—Quería venir más temprano a la playa, pero me he quedado dormida.

—Lo entiendo. Anoche nos acostamos tarde, señorita Pitts.

—Sigues tan antipático como anoche.

—Antipático y estúpido: lo recuerdo bien.

—¿Eres rencoroso? —musitó ella—. Perdóname. Me disgustó mucho que no quisieras besarme. Me hiciste sentirme vieja, tonta y fea.

—Me parece que no es usted ninguna de esas tres cosas, señorita Pitts.

—¿Seguirás mucho tiempo llamándome señorita Pitts?

—¿Cómo debo llamarla?

—Gertrude o Gertrie. Yo debo ser tonta... ¿Cómo es posible que me guste estar con un hombre como tú?

—Debo tener un encanto especial. Tú sabrás, que eres artista. Dicen que los artistas tienen un gran poder de penetración.

—Te aseguro que lo tengo. Pero tú me desconciertas, Lee.

—No veo por qué.

—No sé... Nunca ríes... Ni siquiera sonríes.

—Dime algo gracioso y sonreiré o reiré.

—Ha de ser difícil encontrar algo que a ti te parezca gracioso...

Oh, tengo una buena noticia: ¡ya han llegado mis cosas!

—Lo celebro.

—Empezaré esta misma tarde a buscar una casita...

¿Vendrás conmigo? Mañana mismo podríamos empezar a trabajar en tu cabeza... ¿Qué te pasa? No me estás escuchando, Lee.

—Perdóname. Vuelvo enseguida.

—Pero...

Dasch se puso en pie, y echó a andar hacia el hotel. Gertrude miró hacia donde había visto mirar al

g-man

, y vio a uno de los botones del hotel, todavía haciéndole señas. Al parecer, Lee Dasch tenía algún recado que recibir. Seguramente, de parte de aquel Zinser...

—¿Sí? —musitó Lee, cuando llegó ante el botones.

—Un caballero pregunta por usted, señor Dasch. Le he dicho que me parecía que estaba usted en la playa, y pregunta si querría usted hablar con él ahora.

—Dile que lo espero en la terraza.

—Sí señor.

Fue a la terraza, se sentó, y pidió jugo de naranja. Apenas medio minuto más tarde, apareció un hombre, vestido de calle, con traje completo, corbata, camisa blanca. Serio, grave, casi distinguido. Miró a todos lados, captó la expectante mirada de él, y se acercó. Apoyó ambas manos en la mesa. Como si esperase algo, al fin preguntó:

—¿Lee Dasch?

—En efecto. Siéntese, por favor. ¿Quiere tomar algo?

—No. Pero me sentaré —lo hizo, miró hacia la playa, y vio a Gertrude Pitts, que los contemplaba con gran interés—. ¿Es su

novia?

—Quizá. Dígame qué desea de mí, señor...

—Littman, iré directo al asunto: ¿es usted quien está buscando a Zinser?

—Así es.

—¿Para qué?

—Tengo un recado para él.

—¿Qué recado?

—¿Es usted Zinser?

—No.

Lee lo miró fijamente, pero siempre inexpresivo. Ni un solo músculo de su rostro se movió, pero el Littman comprendió.

—Está bien, entiendo: usted sólo hablará con Zinser, ¿no es eso?

—Sí.

—Bien... Es algo que quizá podría arreglarse. Pero ahorraríamos tiempo si me dijera qué quiere de Zinser, señor Dasch.

—Eso es cuenta de él y mía. Y no tengo prisa. Ahora que ya sé que él sabe que estoy aquí, puedo esperar. No lo estoy pasando mal.

Miró hacia la playa, y Littman volvió a mirar a la muy interesadísima Gertrude, que no les perdía de vista.

—Es un bombón —sonrió Littman—. Entiendo su postura. Pero me parece que usted no entiende la mía, Dasch.

—La entiendo perfectamente. Pero no quiero hablar con usted sino con Zinser. Dígame a él que usted no tiene culpa alguna por mí... hermetismo. Y dígame también que en parte es debido a que no tengo la seguridad de que sea Zinser quien le envía a usted, Littman.

—Bien... Personalmente, me agrada su cautelosa actitud. ¿Puedo pedirle que no se mueva del hotel durante el día de hoy?

—Estaré en la playa o en el bar, es decir aquí, en la terraza.

—De acuerdo. Nos veremos, Dasch.

—Está bien.

Littman se puso en pie, se tocó la frente con dos dedos, y se fue. Lee Dasch no tuvo ni por un momento la inconveniente idea de seguirlo. El cebo estaba lanzado: eran los peces los que tenían que acudir, no el pescador. Aunque, en aquel caso, era difícil pronosticar quién sería el pez y quién el pescador...

—¿Era Zinser?

Alzó la cabeza, y miró a Gertrude, que le tendía un cigarrillo encendido. Lo tomó, se lo puso entre los labios, y movió negativamente la cabeza.

—No.

—¿Quién era, entonces?

El

g-man

la miró con el ceño fruncido.

—Papá Noel —masculló.

—¿En verano? —rió ella.

—Este año ha adelantado su viaje. ¿Te gusta nadar?

—Oh, sí... ¡Mucho!

—Pues ve a esperarme en el agua. Me reúno contigo enseguida.

Sin más, se puso en pie, y se alejó. Un minuto más tarde estaba en su habitación, llamando por la pequeña radio.

—¿Sí?

—Soy Lee, señor. Ha habido contacto. Un tipo llamado Littman ha venido al hotel, para preguntarme qué quería yo de Zinser.

—Curioso, ¿verdad? Porque, según el teniente Murray, no existe el tal Zinser.

—Quizá exista y Murray no lo conozca.

—Quizá Lee. ¿Qué crees que está pasando?

—No lo sé. Pero sí puedo decirle algo; señor: si ese tipo es un contrabandista de drogas, yo soy un payaso.

—Tú tienes menos de payaso que yo de mariposa. Pero... ¿qué estás tratando de decirme?

—Ese hombre, el tal Littman... No sé... Es un tipo frío, inteligente, inalterable. No lleva armas. Pero su seguridad en sí mismo, es muy notable. Y es capaz de mirar a todos lados a la vez. No se le escapa nada. Nada.

El inspector Gallup tardó algunos segundos en musitar:

—¿Un espía, Lee?

—Eso pienso.

—Un espía... No lo entiendo... ¿Qué puede tener que ver un espía con un asunto de drogas?

—Nada, ch, vamos, señor; aquí no se está tratando con drogas.

—Sí... eso empiezo a temer seriamente. ¿Qué más ha pasado?

—Me llamarán o vendrán a buscarme durante el día de hoy,

según entiendo.

—Bien. Enviaré a dos muchachos para que te respalden cuando...

—No, sigamos el juego.

—Lee, si nos hemos metido en un asunto de espionaje tu vida no valdrá un centavo.

—Por lo menos, veinticinco, señor. Como la de Bob. Quiero seguir solo, por ahora. Empiezo a tener una idea sobre esto, y no me cabe duda de que nada va a ocurrirme. Me necesitan vivo.

—No sé... Bien, eres un zorro demasiado astuto para darte consejos, lo sé, pero...

—Me las arreglaría para avisarle si ocurriese algo molesto. Ya le dije que a mí no me pillarán desprevenido, como a Bob. ¿Qué hay de la chica?

—¿De Gertrude Pitts? Sí, esperaba tu llamada. Nos hemos movido deprisa, y lo mismo los de Chicago, y los del Velofoto de Washington. Ella es lo que dice y quién dice ser, Lee.

—¿Seguro?

—Si no se demuestra lo contrario a partir de ahora, sí.

—Bien. Le tendré al corriente, señor. Hasta luego.

—Ten cuidado, Lee.

Éste cerró la radio, la guardó, y quedó pensativo. Por fin, la volvió a sacar, la envolvió en una bolsa de plástico donde solía poner los calcetines sucios mientras estuviese de viaje, y se aseguró de que la cerraba herméticamente. Fue al cuarto de baño, y refunfuñó al no ver allí el depósito de agua para el inodoro. Abrió la pequeña ventana y lo vio fuera. Sacó un brazo, dejó caer la radio dentro del blanco depósito... y oyó sonar el teléfono.

Regresó rápidamente al dormitorio.

—Diga —musitó.

—¿Dasch?

—Sí.

—Soy Littman. Pasaremos a buscarlo al hotel a las nueve en punto de esta noche. ¿Le parece bien?

—Sí, de acuerdo.

—Adiós.

—Adiós.

Colgó, y se quedó con la mano encima del teléfono. Poco a poco,

en sus finos labios fue apareciendo una sonrisa. Una sonrisa auténtica, pero durísima, congelada. ¿Con quién creían que estaban tratando? ¿Con un muchachito que se asustaría y enseguida llamaría a sus amigos para que le protegiesen, o sea, que se pondría en evidencia y pondría también en evidencia a sus amigos?

—Son muy listos —susurró—. Pero aún está por ver que unos ratones cacen a un gato.

Se acercó a la terraza, y estuvo mirando hacia la playa durante un par de minutos. Vio a Gertrude, y ella le vio a él, pero le volvió la espalda, ostensiblemente. A solas, Lee Dasch se permitió la segunda sonrisa del día, aunque esta vez tenía un cariz benévolo.

Poco después, llegaba a la playa, y se acercaba a Gertrude Pitts, que nadaba simulando no verlo.

—Hola —saludó el

g-man

—. Quisiera pedirte un favor, Gertrie.

—Señor Dasch —replicó ella altivamente—: yo no soy una muñeca, que se toma y se deja caprichosamente. Usted es desatento y grosero, además de ladrón. Déjeme en paz.

—Oh, bien... Si así lo quiere, señorita Pitts, así será. En realidad, esto simplifica las cosas.

Se zambulló y se alejó nadando bajo el agua. Estuvo en el mar diez o doce minutos, y luego volvió a su toalla. Se tendió, cerró los ojos, y, realmente, todo le pareció mucho más oscuro, sombrío, triste. Así debió morir Bob Alba, seguramente; mientras tomaba el sol, descansando de su dura labor. Supo que una sombra se había interpuesto entre él y el sol, luego oyó crujir suavemente la arena... Abrió los ojos, se volvió sobre un codo, y se quedó mirando a Gertrude Pitts, que lo contemplaba con expresión enfurruñada.

—¿Qué favor querías pedirme?

—Puesto que hemos terminado, ninguno.

—Eres el hombre más odioso que he conocido nunca, Lee.

—De acuerdo. No creo que haya nada más que hablar.

Volvió a tenderse. Notó enseguida la proximidad de ella. Estaba tumbada, rozándole, mirándole con expresión de niña castigada.

—¿Qué favor? —insistió.

—Si piensas seguir soportándome, será bueno que te lo pida; esta noche, a las nueve, vendrán a buscarme.

Pues bien: ni se te ocurra decir que quieres venir conmigo. ¿De acuerdo?

—¿Y qué haré yo sola, esta noche?

—Lo mismo que has hecho durante los miles de noches de tu vida antes de conocerme. Es fácil.

—Ahora, no. Ahora te conozco a ti, Lee.

—Mira, Gertrie, no compliques las cosas... Podemos almorzar juntos, jugar esta tarde al tenis, cenar juntos, tomar una copa en la terraza... Hasta aquí, bien. A las nueve, yo me iré, y tú no dirás ni pío... ¿Está claro? ¿Me has entendido?

—Te he entendido. ¿Algo más?

—No.

—¿Te molesta que me esté... enamorando de ti?

Lee Dasch parpadeó.

—Opino que eres muy tonta, Gertrie. Pero, si he de serte sincero, no, no me molesta demasiado... siempre y cuando a las nueve en punto, dejes de jugar a estar enamorada.

CAPÍTULO VII

El barbudo Lucius Rollner volvió a mirar su reloj, y luego miró fuera del coche, hacia las luces del Blue Beach Hotel. Al volante estaba Steyn. Junto al barbudo, la rubia y fría asesina Mabel Allerton. Ésta sonrió al ver su gesto, se acercó más a él, y lo besó en la boca, de lado.

—No te impacientes, querido, todo va bien.

—Así lo espero. ¿Estáis seguros de que ese policía y los del FBI están organizando la redada en las playas de Destin?

—¿Cuántas veces te lo hemos de decir? —Gruñó Steyn.

—Tranquilos —sonrió Mabel—. Los hemos estado vigilando muy bien, Lucius. Todas sus actividades están encaminadas a preparar esa redada en Destin. Ya han enviado hombres allá. Para mañana por la noche, la policía y el FBI estarán esperando las drogas... mientras nosotros desembarcamos tranquilamente el material en Gulf Shores.

—Si supones que los del FBI son tontos, la tonta eres tú, Mabel.

—Es posible. Pero el que maté no era muy listo, ¿verdad? Claro que, al final, me miraba de un modo raro, como... desconfiando de algo, pero eso fue todo. Yo creo que no son demasiado listos, francamente.

—Pues tienen que serlo. Y ese Lee Dasch quizá sea uno de los más listos de ellos.

—Aún no estamos seguros de que sea del FBI.

—¡Vaya! —soltó un bufido Lucius Rollner—. ¡Ésta sí que es buena! ¿Acaso existe ese Zinser? Nosotros sabemos que no, así que, si alguien llega preguntando por él, tiene que ser de la policía o del FBI, que son los únicos que pudieron leer la nota, falsa que dejaste en la habitación del que mataste, de ese Robert Alba.

Hubo unos segundos de silencio, hasta que Steyn musitó:

—¿Qué crees que está tramando ese Lee Dasch, entonces?

—Cualquiera sabe... Básicamente, tenemos que pensar que el FBI se ha creído lo de las drogas, y que Lee Dasch se ha ofrecido como cebo para llegar hasta Zinser, al que, de acuerdo con la nota, deben suponer culpable directo o indirecto del asesinato de Robert Alba. Si así es, no me cabe duda de que, una vez llegue a la conclusión de que Zinser existe, avisará a su jefe para decirle que, en efecto, Zinser existe, y que, por tanto, también tiene que existir el que firmaba la nota con la inicial M., y que, por tanto, su compañero Robert Alba estaba metido en un asunto de drogas. O sea que, ciertamente, mañana por la noche llegará una gran cantidad de... azúcar por las playas de Destin. Por eso, hay que convencer a Lee Dasch de que Zinser existe, para que todo el FBI, la policía y los guardacostas, se vuelquen en las playas de Destin, lejos de Gulf Shores.

—Pero es peligroso que tú intervengas directamente, Lucius.

—No confío en ninguno de vosotros para hacerse pasar por Zinser delante de ese agente del FBI. Por tanto, yo seré Zinser, él se convencerá de que todo el asunto que indicaba la nota es cierto, y nosotros tendremos despejado el campó para el desembarco del material.

—Pero el FBI querrá entonces atraparte como si fueses realmente el tal Zinser, dedicado al contrabando de drogas y rival de M.

—No es fácil atraparme a mí —sonrió secamente Lucius—. Vamos a convencer a ese federal de que existe Zinser, y ya verás cómo no hará nada por detenerme hasta que la redada de Destin haya sido todo un éxito.

Y cuando quieran buscarme a mí —se echó a reír—, ¡me habré esfumado! Éste es un juego de pillo a pillo, Steyn.

Y no voy a echarme atrás ahora que todo está preparado.

—¿Ha salido ya el camión?

—Claro. Y la lancha de pesca llegará mañana a medianoche... es decir, mientras el FBI y la policía espera en vano contrabando de drogas por Destin. Para cuando comprendan que les han tomado el pelo, nosotros ya estaremos en el camión, camino de Washington, con todo el material y los especialistas.

—Bien... Sí, parece que nada puede fallar, así que.

—Ahí vienen —dijo la rubita Mabel.

Los dos miraron de nuevo fuera del coche, que estaba estacionado en un lugar oscuro, entre las palmeras. Vieron acercarse a los dos hombres, a pie. Steyn sacó su pistola, pero la guardó a los pocos segundos, al reconocer a sus amigos. Uno de éstos era Littman, el cual señaló al otro cuando los dos hubieron entrado en el coche.

—Springer dice que todo está bien, Lucius. Yo también he dado una vuelta por los alrededores del hotel, y juraría que ese Dasch no ha tendido ninguna trampa.

—Lo mismo digo —aseguró Springer.

Lucius Rollner quedó silencioso, bajo la expectación de sus compañeros. Por fin, musitó:

—O es muy listo, o es muy tonto... o es que, simplemente, todo va bien, y la Policía y el FBI, están convencidos de que el asunto de la muerte de su hombre está relacionado con tráfico de drogas. Bien... remacharemos la situación haciéndole creer a Lee Dasch que Zinser existe. En cuanto sepa esto, lo comunicará a su jefe, y nosotros tendremos la seguridad de que irán mañana por la noche a Destin. Está bien, ve a buscarlo y llévalo allá. Ve con él, Springer.

Los dos últimos en llegar volvieron a salir del coche y se alejaron.

—¿Y nosotros? —preguntó Mabel.

—Seguid vigilando a la Policía y al FBI. No os perdáis ni uno solo de sus movimientos. Yo me voy ahora a mí coche, para acudir al lugar donde debo conocer a Lee Dasch.

—¿No vas a necesitarnos? —preguntó Steyn—. ¿Seguro?

—Si os necesitase, os llamaría por la radio. Pero, si todo va según lo planeado, ya no volveremos a vernos hasta que yo regrese de hacer mi trabajo en Washington. Para entonces, Mabel, espero que lo tendréis todo listo para marchar del país.

—Todo está preparado —sonrió la rubita; besó al barbudo en la boca, y se quedó mirándolo intensamente—. Ten mucho cuidado, amor...

Lucius Rollner la abrazó fuertemente, y la besó. Fue un beso largo, profundo. Luego, en silencio, el barbudo abandonó el coche, y se perdió en la oscuridad.

—Vámonos, Steyn —murmuró Mabel.

—Enseguida. Todo este plan es casi descabellado. A veces, me pregunto cómo hemos podido tener la menor esperanza de que termine bien... para nosotros, se entiende.

—Lucius es inteligente —susurró ella—. No te preocupes, todo saldrá bien. Tuve poca fortuna al elegir a un agente del FBI, como víctima delatadora del asunto de las drogas, pero ya ves que Lucius lo ha arreglado bien. El convencerá a ese Lee Dasch de que todo es cierto.

—¿Está listo, Dasch?

Lee que había visto a Littman apenas apareció en la terraza, asintió con la cabeza, y se puso en pie, mirando a Gertrude, que inclinó la cabeza.

—Estoy listo, Adiós, señorita Pitts.

—Adiós —replicó con fina voz la muchacha.

Los dos hombres se alejaron. Salieron del hotel, fueron al estacionamiento, y Littman señaló un auto. Subieron en silencio, y Lee dirigió una indiferente mirada al hombre que había al volante, y que, en lugar de mirarlo a él, miraba a todos lados, vigilante.

—¿Qué les pasa? ¿Creen que he traído compañía? —preguntó áspidamente el

g-man

Springer puso el coche en marcha, sin replicar. Littman estuvo mirando por la ventanilla de atrás, hasta que se hubieron alejado del hotel. Sólo entonces miró a Lee Dasch.

—¿Quién es esa chica, Dasch?

—Una amiguita.

—¿Ha venido con usted desde... donde sea?

—No. La encontré aquí ayer mismo. Parece que le gusto, y eso me divierte.

—¿Lleva armas, Dasch?

—Esta noche, sí, desde luego.

Littman tendió la mano hacia Dasch, con la palma hacia arriba. No dijo nada, pero el ademán no podía ser más elocuente. Durante un par de segundos, el

g-man

estuvo contemplando aquella mano con el ceño fruncido, por fin, encogió los hombros, sacó la pistola con dos dedos, y la depositó en

la mano de Littman.

—Muy bien —aprobó éste—. Veo que está enfocando las cosas por el lado conveniente, Dasch.

—Siempre procuro hacerlo así.

—En tal caso, no dudo que nos entenderemos.

—Así lo espero ¿Adónde vamos?

—Tranquilo. El viaje va a ser corto.

Ya no se habló más. Y efectivamente, el viaje fue corto. Apenas diez minutos más tarde, el auto se salió de la carretera, tomando un camino de tierra. Y medio minuto más tarde, se detenía ante un grupo de palmeras que casi se metían en el agua. Springer apagó todas las luces del coche, las encendió, las apagó, y finalmente, emitió tres destellos con las de cruce. Hecho esto, apagó el motor, y señaló hacia fuera.

Los tres salieron del coche, siempre en silencio. Lee Dasch miraba hacia el mar, pues allá habían sido dirigidos los destellos de las luces cortas del coche, pero, muy pocos segundos después, se volvió, al oír, por encima del suave rumor de las olas, el motor de un coche. El vehículo llegó junto al que utilizaban ellos, se detuvo, todas las luces se apagaron, dejó de oírse el motor...

Un hombre se apeó y se acercó a los tres que esperaban. El

g-man

podía distinguirlo perfectamente a la luz de la luna; alto, atlético, barbudo. Poca cosa, ciertamente, para poder identificarlo más adelante; una barba es fácil de afeitar.

—¿Todo bien, Littman?

—Sí Este es Dasch. Llevaba una pistola que me ha entregado.

—De acuerdo —el recién llegado se encaró a Dasch, y éste apretó un instante los labios al ver el brillo de aquellos ojos grandes, sagaces, inteligentes—. Muy bien, Dasch. Usted me estaba buscando. ¿Para qué?

—¿Usted es Zinser? —preguntó el

g-man

—Desde luego. ¿Qué quiere de mí?

—Trabajo.

—¿Trabajo? ¿Qué clase de trabajo?

—Hasta hace poco he estado en Chicago, pero las cosas se

pusieron un poco difíciles, así que decidí cortar el mapa por la mitad, y del Norte me vine al Sur. Aires nuevos, tranquilidad nueva.

—Entiendo eso. ¿Por qué vino aquí precisamente?

—Oí algo sobre usted en Chicago, me pareció que era tipo de altos vuelos, y me decidí. Yo no trabajo con desgraciados.

—Sabía política. ¿A quién oyó hablar de mí?

—Psé... Usted sabe, Zinser; nunca se conoce bien el modo en que las informaciones llegan a uno, pero lo cierto es que llegan. Nadie en concreto me habló le usted, pero son cosas que uno dedicado a los negocios llega a saber.

—Entiendo. Y... ¿qué negocios son los suyos, Dasch?

—Oh, vamos —gruñó el

g-man

—. Si he venido buscándole a usted, tiene que saber muy bien a qué me he estado dedicando hasta ahora.

—Dígalo.

—Drogas. Especialmente, «coca» y marihuana.

—Ya. ¿Qué clase de tipo es usted?

—Creo que eso está bien claro, ¿no?

—En cuanto a sus negocios, sí. Me refiero a si tiene agallas para todo.

—No hay nada que otro hombre haga y yo no sea capaz de hacer.

—Buena respuesta. Dice Littman que usted llevaba una pistola. ¿Qué tal se desenvuelve con ella?

—Por si le interesa, le diré que no la llevo como adorno.

—Bien. ¿Has matado a alguien?

Lee Dasch entornó los ojos y quedó silencioso irnos segundos, contemplando atentamente al barbudo.

—Quizá —musitó al fin.

—No seas tonto —sonrió el barbudo—. Aquí no hay ningún chivato, ni le vamos a decir que es muy malo por haberlo hecho. Sólo estoy tratando de averiguar si usted tiene inconveniente en disparar cuando es necesario.

—Cuando es necesario disparo tan bien como cualquiera. O mejor.

—Mucho hablar es eso. Pero acabemos: ¿acepta un trabajo en el que con toda seguridad se tendrá que disparar?

—Págüeme bien y verá de lo que soy capaz.

—Por la paga no habrá discusiones. Pregunte a Littman y a Springer si están contentos conmigo, si quiere... Pero hay algo que no admite discusiones en ningún sentido, Dasch: aquí el jefe soy yo. ¿Está claro?

—Desde luego.

—Bien. ¿Necesita algún anticipo?

—No. Soy muy meticoloso y ahorrador.

Zinser volvió a sonreír.

—Admirable. Venga hacia la playa, Dasch.

Los cuatro fueron hacia la orilla del mar. El barbudo señaló a izquierda y derecha, frunciendo el ceño.

—Toda la costa, desde Tampa a Nueva Orleans, y llegando hasta Jackson, Meridian, Montgomery, Columbas y Savannah por el interior, es mí... territorio, Dasch.

—Buen negocio. ¿No está abarcando demasiado, Zinser?

Éste se quedó pensativo durante un momento.

—Yo creo que no. Al contrario, pienso extenderme aún más hacia el interior. Pero, igual que ha pensado usted, han pensado otros, y, al parecer, han decidido... ayudarme, aliviarme de tanto trabajo.

—¿Un competidor?

—Exactamente. Un tipo que se está metiendo en terreno peligroso, Dasch. Consiguió meter entre mis hombres a uno de los suyos, un sujeto llamado Morrison, y así, se fue enterando de algunas cosas. Mientras tanto, el competidor que...

—¿Cómo se llama?

—Oscar Tolliver. ¿Lo conoce?

—No... No, seguro. Nunca oír hablar de él.

—Pues existe. Como le decía, metió en mi grupo a uno de sus hombres, el tal Morrison, quien, a su vez, tenía muy buenas relaciones con un agente del FBI, llamado...

—¿Ésta bromeando? —cortó Dasch.

—¿Le sorprende lo que digo? Pues no hay para tanto. Ese agente del FBI y el tal Morrison eran muy amigos, y, ni que decir tiene que el agente del FBI, un tal Robert Alba, cobraba sus buenos dividendos por ayudar a Morrison, y éste a su vez, a Tolliver, para la introducción de drogas que llegan desde México y el Caribe en

general, en envíos considerables. Tan considerables, que mis negocios empiezan a ir ligeramente de baja, Dasch.

—Entiendo. Habría que darle una buena lección a ese Tolliver, ¿no le parece?

—A eso vamos. De momento, les hemos dado ya la lección a Morrison y al agente del FBI, ese tal Alba. Primero atrapamos a Morrison, que nos dijo muchas cosas antes de... emprender un largo viaje. Luego, nos encargamos del agente del FBI, y ahora...

—¿Mataron a un agente del FBI?

—En efecto.

—¿Están locos? —masculló Dasch—. Después de esto, todo el FBI, en peso va a buscar a...

—Tranquilícese. No dejamos la mejor huella, pues lo matamos en la playa. Jamás nos encontrarán, olvídelo. Así que volvamos a lo que nos interesa: por medio de Morrison supimos por dónde y cuándo va a llegar el próximo cargamento de drogas para Oscar Tolliver, y sabemos con toda seguridad que el propio Tolliver acudirá al encuentro de ese envío, sin duda alguna el más importante que ha llegado a estas costas en mucho tiempo. De modo que hemos decidido acabar de una vez con esta... rivalidad comercial.

—¿Piensa eliminar a Tolliver y quedarse con su cargamento?

—Uno de los dos sobra en este negocio, Dasch. Tolliver ignora que yo conozco todos sus planes actuales. Incluso ignora la muerte de Morrison y del agente del FBI. Por tanto, procederá como si todo fuese bien: esto es que llegara mañana a medianoche a... cierta playa.

—¿Qué playa?

—Si forma parte de nuestro grupo, ya lo sabrá.

—Entiendo. Usted quiere que vayamos a esperarlo, ¿no es así?

—Hay que darle un digno recibimiento —sonrió fríamente el barbudo.

—La idea es buena —sonrió no menos fríamente Dasch.

—Celebro que le guste. ¿Contamos con usted? Parece un tipo frío y decidido, Dasch: la clase de gente que me gusta tener conmigo. No dudo que sabrá darle al gatillo cuando llegue el momento.

—Eso es seguro. Pero no sólo sé usar la pistola, Zinser.

—¿Qué quiere decir?

Lee Dasch se tocó la frente con un dedo.

—Aquí dentro hay buena materia gris.

—Tanto mejor. ¿Y qué?

—Bien... En Chicago yo usaba un... hermoso truco para pasar drogas ante las narices de los sabuesos. Especialmente, a los clientes ricos, que solían comprarme cantidades importantes de una vez, con lo que disminuíamos el riesgo para ellos y para mí mismo.

—¿Qué sistema es ése?

—No hay prisa. Primero, lleguemos a un acuerdo. Esperemos a que todo termine bien mañana a medianoche, y entonces volveremos a hablar de esto.

—Es usted desconfiado, ¿eh? —rió el barbudo.

—Cauteloso nada más, Zinser. Pero si llegamos a un acuerdo, no tenga la menor duda de que mi sistema merecerá su absoluta aprobación. Ni el mismísimo FBI sería capaz de encontrar un solo gramo de «coca».

—Eso es mucho hablar, Dasch.

—Yo soy hombre de pocas palabras. Pero cuando hablo, hablo.

El barbudo, Littman y Springer Se quedaron mirando fijamente a Lee Dasch. Por fin, el primero sonrió.

—De acuerdo. Ya hablará cuando lo crea conveniente. ¿Hemos llegado a un acuerdo sobre lo demás?

—Cuenta conmigo.

El falso Zinser asintió con la cabeza.

—Devuélvele su pistola, Littman.

Éste obedeció, y Dasch la regresó a su funda, indiferente.

—¿Y respecto a los detalles...? —empezó.

—Mañana —cortó el barbudo.

—Bien. Dígame a qué playa tengo que ir para...

—No, no, no... Nada de eso. Littman lo traerá de nuevo aquí.

—¿Desembarcarán aquí?

—No. Pero no vamos a utilizar coches para ir a esa playa. Demasiado aparatoso. Y hasta inconveniente, ya que Tolliver podría tener a alguien vigilando allá por si viera algo sospechoso.

—Observo que también usted es cauteloso, Zinser. Bien: ¿cómo iremos a esa playa?

—En un yate. Aquél.

Señaló hacia el mar, y Dasch miró vivamente hacia allá. En efecto, distinguió una forma clara que parecía acercarse a la playa.

—Supongo que usted lo ha pensado bien, pero a mí, si no me lo explica, el sistema me parece pésimo, Zinser. Si Tolliver ve una embarcación cerca de la playa.

—No la verá. Éste es el plan, Dasch; mañana por la noche, nos reuniremos aquí, subiremos a ese yate —volvió a señalarlo—, y saldremos hacia el Este, costeanado. Antes de llegar al punto de destino de Tolliver, todos desembarcaremos, y seguiremos a pie, por la playa, entre las palmeras. Esperaremos a que llegue Tolliver y su gente, los eliminaremos y subiremos a su yate. Con él, acudiremos al encuentro del mío, pasaremos la mercancía de uno a otro, hundiremos la embarcación de Tolliver, y nos marcharemos, siempre por mar. ¿No le parece mucho más discreto que llegando a una playa con varios coches?

Lee Dasch sonrió, y emitió un silbido de admiración.

—Estaré encantado de trabajar con usted, Zinser.

—Magnífico. Bien, creo que eso es todo. Springer, tú llévate mi coche, ya sabes adonde. Tú, Littman, lleva a Dasch a Pensacola, a su hotel.

—¿Cuándo pasarán a recogerme mañana? —preguntó Dasch.

—A la misma hora que hoy. Y no se meta en líos, Dasch.

—Entiéndalo de una vez, Zinser: yo soy un hombre listo, no un estúpido pandillero.

—Ésa es la clase de gente que yo elijo —señaló el barbudo a Springer y a Littman—. Hasta mañana entonces, Dasch.

—Adiós.

El barbudo se quedó en la orilla del mar, mientras Springer se dirigía hacia su coche, y Littman y Dasch, al que habían utilizado los tres para llegar allí. El primero en marcharse fue Springer, en el coche del barbudo. Luego, mientras Littman maniobraba para salir de allí, el

g-man

, estuvo mirando hacia la playa. El blanco yate se había detenido, y una pequeña lancha se acercaba a la orilla, a recoger a Zinser, evidentemente.

—Bien —musitó Dasch—. Parece que acerté al venir al Sur, Littman. ¿No crees?

—Si eres listo, y cumples bien, no tendrás que arrepentirte. Te dejaré un poco antes de llegar al hotel. ¿Te parece bien?

—Sí, hombre, de acuerdo.

—Pues vamos allá.

CAPÍTULO VIII

El inspector Gallup asintió con la cabeza, gravemente.

—Desde luego, si el asesinato de la playa lo hubiesen cometido con cualquier otra persona en lugar de un agente del FBI, la cosa no podría estar más clara. Lee. Cualquiera, empezando por nosotros mismos, estaríamos convencidos de que todo eso es cierto. Ese Zinser, o como se llame, es muy inteligente.

—Tiene mentalidad de estrategia —sonrió secamente Dasch—. Sí, es inteligente, vivo, cauteloso. Ha dirigido toda la conversación, todos los detalles, de tal modo, que no podemos pensar sino que se trata de un asunto de drogas, en efecto.

—Pero tú no lo crees.

—Ni usted ni yo podemos creer que Bob se iba a ensuciar las manos con semejante porquería, señor. ¿O sí?

—No.

—Bien. Fíjese que incluso ha mencionado a un tal Morrison, es decir, que nosotros podemos pensar que es la inicial M, que encontramos en la nota... Es inteligente, sí. Incluso brillante. El único fallo que han cometido ha sido el asesinato de Bob.

—¿Fallo? Tenían que colocar la nota en algún sitio, para que la Policía la encontrase y empezase a...

—Sí, sí, sí... Pero ahí fallaron. No eligieron bien su víctima. ¿No lo ha dicho usted mismo hace unos segundos? Si en lugar de ser un agente del FBI el hombre asesinado, hubiera sido cualquier otro, nosotros no vacilaríamos en considerarlo complicado con un asunto de drogas, y en estos momentos, estaríamos ya apostados en las playas de Destin. Pero algo pasó... En lugar de escoger una víctima cualquiera que sirviese para proporcionar la primera pista a la policía hasta encontrar la nota, mataron a un agente del FBI. Fue un

gran error simplemente. Un error por el que nosotros nos resistimos a creer en la veracidad de todo este asunto. Y por eso, aun sabiendo positivamente que soy un agente del FBI, ese tipo de las barbas ha seguido el juego.

—Has corrido mucho riesgo, Lee.

—En absoluto, señor. No tienen la menor intención de matarme. Por el contrario, quieren que esté vivo, para contárselo todo a usted, y así asegurarse de que mañana a medianoche habrá concentración policiaca en las playas cercanas a Destin, a la espera de una embarcación que llegará a medianoche cargada, atestada de «coca» y marihuana. El barbudo piensa, con toda lógica, que yo no puedo estar seguro de que no existe alguien llamado Zinser; por tanto, se presenta él como Zinser, habla conmigo, me cuenta cosas... Conclusión: yo me convenzo de que todo eso de las drogas es cierto, se lo cuento a usted, y mañana todas las fuerzas disponibles estarán cerca de Destin. Incluso, lanchas guardacostas.

—Pero tú crees que todo eso no es cierto.

—Ni usted tampoco. En cambio, sí estamos seguros de que, lejos de Destin, tiene que ocurrir algo. El problema consiste en averiguar qué es lo que están tramando, y dónde tiene que ocurrir lo que sea. Así que seguiremos el juego: usted, y todas las fuerzas que hayan reunido, se irán hacia Destin, con cierta discreción. Y yo iré al lugar de la cita. Ellos estarán tranquilos al ver que todo ha salido según lo planeado, y procederán a realizar o a poner en marcha el verdadero asunto.

—Después de matarte, claro —musitó Gallup.

—Es un riesgo en el que ya he pensado. Pero, señor, si yo no me presento mañana por la noche a las nueve y pico en esa playa para ser recogido por el yate del barbudo, ellos comprenderán que conocemos el juego, y desaparecerán. No. Hay que seguir la jugada.

—Enviaré detrás tuyo un coche con algunos...

—Por Dios... ¿No comprende que estaré vigilado en todo momento? Y usted también debe estarlo. Y Murray... Todos. Quieren asegurarse de que mordemos el anzuelo, de que orientamos todo nuestro esfuerzo hacia las playas de Destin. En estos momentos, saben con toda seguridad que usted está aquí, conmigo, en mi habitación del hotel. Y precisamente eso es lo que quieren: que yo se lo cuente todo, para que mañana usted y todo el mundo

se vaya a Destin. Y eso es lo que haremos, señor. Usted a Destin. Yo, a la playa, a reunirme con Zinser.

—Lee; ya he perdido a un muchacho —murmuró roncamente Gallup—. No quiero perder otro. Y menos, de modo tan... estúpido. Mi respuesta es NO.

—Como quiera, señor. Pero si yo no voy mañana por la noche a esa playa donde he estado hoy, acompañado por Littman, despídase de saber una sola palabra más de este asunto. Nada ocurrirá de todos modos en Destin, puesto que no existe el tal Oscar Tolliver, estoy seguro. Todo lo que ocurrirá será que el barbudo Zinser desaparecerá... y sólo Dios sabe lo que está tramando.

—Podemos ir allí con varios coches y detenerlo.

—¿Supone que él no habrá pensado en esa posibilidad? No. Ésa no es la solución. Tengo que ir solo.

—Mi respuesta sigue siendo NO.

—¿No quiere al menos escuchar mi plan?

—¿Qué plan? —Se irguió Gallup.

—Necesitaré a Pete, señor.

—¿A Pete?

—Pete Farland: el mejor nadador de nuestra delegación.

—Sí, ya sé eso. Pero está ahora en Mobile, metido en...

—Tendrá que dejarlo, por el momento. Lo necesitaré. Si puedo contar con él, nada me ocurrirá.

—Lee: sé que eres un muchacho inteligente, pero...

—¿Puedo contar con Pete?

—Primero, explícame ese plan.

—Tengo que madurarlo. Lo llamaré esta madrugada, cuando lo haya decidido todo. Se lo explicaré por la radio, y usted decidirá.

Gallup se quedó mirando fijamente a Lee Dasch. Sin duda alguna, Lee era uno de sus mejores hombres, y, en cuestiones de pura investigación criminal, era el mejor sin discusión. Pero, si como el propio Lee había dicho, aquel asunto podía estar relacionado con espionaje, lo mejor sería no concederle demasiada libertad de acción personal. Por su propio bien, desde luego.

—De acuerdo, Lee: explícame tu plan más tarde, y yo decidiré.

—Gracias, señor.

—Bien... ¿Algo más?

—No. —Dasch se puso en pie—. Salga del hotel como si quisiera

no ser notado, pero... que lo noten, señor.

—Gracias por el consejo.

—No he pretendido...

—Está bien, hombre, está bien. —Gallup le dio una palmada en un hombro, sonriendo—. Espero que me hayan visto al entrar, y que me verán al salir. Estaré esperando...

Los dos se irguieron vivamente cuando sonó la llamada en la puerta de la habitación, y, por instinto, llevaron sus manos al sobaco.

—¿Esperas a alguien? —susurró Gallup.

Lee movió negativamente la cabeza, y señaló a un lado de la puerta. Gallup fue hacia allá, sacando la pistola, y el

g-man

fue a colocarse al otro lado.

—¿Quién es? —Gruñó.

—Soy Gertrude, Lee. Tengo algo que decirte.

—Ya nos veremos mañana... Estoy desnudo.

—Oh, vamos, Lee... Ponte el pijama... Es sólo un minuto.

Lee Dasch se resignó. Empezaba a conocer a la preciosa joven, y temía que era capaz incluso de sentarse en el pasillo hasta que él le abriese la puerta. Miró a su jefe con un gesto de fatalismo, haciéndole señas al mismo tiempo para que guardase la pistola. Gallup la guardó, y señaló hacia el dormitorio, alzando las cejas en una interrogación. Dasch movió negativamente la cabeza, y abrió la puerta, de pronto.

—¿Qué es lo que quieres a estas horas? —masculló.

Gertrude Pitts entró sin empacho alguno en la habitación, y su boquita se frunció en un gesto enfurruñado, antes de decir:

—¿No has dicho que estabas en pij...?

—He dicho desnudo —gruñó Dasch.

Gertrude estaba mirando a Gallup, que la contemplaba con cortés sonrisa expectante. Por fin, volvió a mirar a Dasch, definitivamente enfurruñada.

—Pues no estás desnudo ni en pijama, sino vestido tal como te vi después de cenar.

—Mira, tengo cosas que hacer, Gertrude. Dime qué es lo que quieres, y... buenas noches.

—Por el momento, quien se marcha soy yo —sonrió Gallup—.

No me gusta molestar. Adiós, Lee. Señorita.

El inspector del FBI salió de la habitación, Lee cerró la puerta, y se quedó mirando hoscamente a la muchacha.

—Está bien: ¿qué quieres? —masculló.

—¿Es otro de tus cómplices?

—¿Sabes que empiezas a fastidiarme, nena?

—Más te fastidiaría si te denunciase a la policía, ¿no? ¿Qué es lo que estás tramando? ¿Adónde y qué vais a robar, Lee?

—Escúchame bien: estoy cansado, tengo sueño, y me siento lleno de polvo, así que estoy deseando ducharme y ponerme a dormir. Dime lo que sea, y adiós.

—Está bien: esta noche, después de irte tú con aquel otro cómplice, el conserje me envió a un agente de esos que venden casas. Me ha dado la llave de una que tiene en venta cerca de la playa, y mañana quiero ir a verla. Quería saber si me acompañarás.

—¿Por la mañana?

—Sí, claro.

—De acuerdo, te acompañaré. Adiós, Gertrie.

Abrió la puerta, y miró hoscamente a la muchacha. Pero Gertrude Pitts no dio un solo paso hacia la salida. Se quedó inmóvil, con el gesto de quien está resuelto a quedarse. Dasch lanzó otro gruñido, cerró la puerta, y se fue al dormitorio, quitándose la chaqueta. Gertrude se fue tras él, y, de pronto, lanzó un gritito de espanto.

—¡Dios mío!

—¿Qué te ocurre ahora? —La miró Lee—. Ya te he dicho que voy a ducharme, ¿no? Allí tú si te quedas.

—Lié... llevas una... pistola...

La señalaba con gesto tembloroso. Dasch miró hacia su sobaco, frunció el ceño, y acabó por encoger los hombros. Se desprendió de la funda de la axila, y la tiró sobre la cama. Luego se quitó los zapatos, la camisa...

—Si no te vas, serás una de las pocas mujeres que habrás asistido a una función de *strip-tease* masculino, nena.

—Eres de verdad un ladrón —susurró ella—. Y tienes cómplices, estáis preparando algún atraco, o algo... ¡Oh, Dios mío, y yo que tenía esperanzas de que no fuese así...! Creía... creía que podría haber otra explicación... Pero no. No la hay. Eres un ladrón, vas a

hacer algo malo... ¡Te meterán en la cárcel, y yo seré desgraciada! ¡Me he enamorado de un ladrón...! Lee, no hagas nada... ¡No hagas nada que pueda separarnos, no quiero que vayas a parar a la cárcel! Yo... yo tengo dinero... Gano mucho dinero podría darte... lo que quisieras...

—¡Bueno...! —bufó Lee Dasch—. ¡Es la primera vez que me hacen una proposición de esta clase! Mira, Gertrude, si lo que estás buscando es eso, encontrarás chicos mucho más guapos que yo. Y seguramente, aceptarían tu interesante oferta Atención: me voy a quitar los pantalones.

Llevó las manos a la hebilla del cinturón, pero Gertrude se abrazó a él impidiéndole continuar su... función de *strip-tease*. Cosa que él pensaba continuar.

—Lee... Te lo suplico... Si necesitas dinero, o algo, yo., yo te lo daré, yo...

—¿Estás hablando en serio?

—Sí... ¡Sí, sí, sí!

—¿Incluso en eso de que te has enamorado de mí?

—Oh, sí... ¡Te lo juro!

—Bueno... En ese caso, aceptarías ayudarme, supongo.

—¿A... a robar...?

—No seas tonta —masculló Dasch, apartándola—, no soy un ladrón.

Fue al armario, sacó la maleta, descubrió el doble fondo, y sacó el estuche de piel donde estaban su placa y la tarjeta de identificación del FBI. La tiró a las manos de Gertrude Pitts, que respingó al tomarla en pleno vuelo.

—¿Qué... qué es esto...?

—Míralo y lo sabrás.

La muchacha obedeció. Abrió el estuche por la mitad, y se quedó mirando desconcertada su contenido.

—¿Qué... qué es?

—Mis credenciales como agente especial del FBI.

Gertrude abrió mucho los ojos y la boca, lanzó un gemido, y cayó sentada en uno de los silloncitos del dormitorio.

—Santo Dios... ¡Has robado esto a algún auténtico ag...!

—No digas tonterías. Soy realmente un agente del FBI. Y el hombre que estaba aquí conmigo es el inspector Gallup, mi jefe,

bajo cuyo mando está la Delegación de Mobile.

—No... no entiendo nada...

Lee acercó el otro silloncito, y se sentó delante de ella.

—Te lo explicaré con pocas palabras: estamos detrás de irnos traficantes de drogas, Gertrie. Hace poco, asesinaron a uno de mis compañeros... Un buen amigo, que conocí cuando ambos comenzamos en la Academia. Más de cuatro años juntos, ¿comprendes? Y de pronto, recibo la noticia de que lo han asesinado de tres balazos. A sangre fría, Gertrie. El ocupaba la habitación que tú ocupas ahora en este hotel... Por eso me encontraste allí: había entrado a ver si encontraba alguna pista que no hubiera visto la policía.

—¡Oh! Cuánto siento haberte confundido con un ladrón, Lee.

—No importa ahora. Ya sé todo lo que quería saber. Mañana tendremos a toda la banda. Prácticamente, está todo solucionado: los cazaremos en las playas de Destin, ¿comprendes? Cuando lleguen con las drogas, los estaremos esperando allí. Pero no yo, pues tengo que atender otra faceta del asunto.

—¿Otra... otra... fa... ceta...?

—Sí. Y ahí es donde tú podrías ayudarme, si no tienes miedo.

—¡Oh!

—Está bien, dejémoslo.

—¿Qué... qué tendría que hacer...?

—En realidad, tu parte sería muy sencilla. Escucha: yo tengo que convencer a unos sujetos de que también soy traficante de drogas. Y tengo que demostrarles, además, que soy un tipo listo. Les he dicho que tengo un sistema infalible para pasar drogas ante las narices de los del FBI... Y tengo que demostrarlo.

—¿Yo... yo tendría que pasar esas... esas...?

—No, no. Es mucho más sencillo. Me has dicho que eres escultora, ¿no es cierto? Pues bien: les diremos que, aunque hemos simulado no habernos conocido antes de ahora, hace tiempo que somos cómplices, y que pasamos las drogas en tus esculturas. ¿Comprendes?

—No... no muy bien...

—Les diremos que ponemos paquetes de drogas dentro de un montón de arcilla, envueltas en plástico. Luego, con esa arcilla, tú haces cabezas, bustos, o cualquier figurita de adorno, y que las

vendemos a los compradores de drogas. Ellos rompen luego las figuras, y sacan las drogas. Lo creerán, porque es un buen sistema. Así, los tendremos confiados hasta que llegue el momento de atraparlos a todos en las playas de Destin. ¿Lo has entendido todo bien ahora?

—Creo... creo que sí, Lee.

—Bien. No me des tu respuesta ahora. No estás obligada a ayudar al FBI, así que piénsalo bien. Vete a dormir, recapacita, y mañana me das tu respuesta. Si aceptas, te pondré al corriente de todo mientras vamos a ver esa casa que piensas comprar, y ultimaremos todos los detalles. ¿De acuerdo?

—Puedo darte ahora mismo mi resp...

—No. Mañana, Gertrie. Y ahora, vete.

La tomó de los brazos, la puso en pie, y, casi, casi, consiguió sonreír. Ella le miraba como hipnotizada, muy abiertos los hermosos ojos oscuros, un tanto crispada la sonrosada boca que parecía tan dulce, tan dulce... Lee Dasch acercó la suya a tan tiernos labios, lentamente, pero, de pronto. Gertrude se abrazó a él, acudiendo al encuentro del beso inminente, que se convirtió en una realidad. Durante más de un minuto, en el silencio de la habitación 314 del Blue Beach Hotel, un hombre y una mujer se olvidaron de todo. O, al menos, así lo pareció.

Por fin, Gertrude apartó su boca, y suspiró profundamente.

—Lee —susurró—, yo haré lo que tú...

—Mañana, Gertrie. Ahora, te ruego que te vayas.

—Sí, Lee.

El

g-man

la tomó de un brazo, y la llevó hasta la puerta. La iba a abrir enseguida, pero Gertrude Pitts, al parecer, no había tenido bastante con un beso, porque repitió. Fue un beso aún más largo y profundo que el anterior. Luego, sin haber dicho una sola palabra más, la bella joven abandonó la habitación del agente del FBI.

Éste cerró la puerta, y quedó allí mismo, sombrío como nunca. Aún notaba en sus labios el dulce calor de los de Gertrude Pitts, pero no estaba muy seguro de si tenía que alegrarse por aquellos besos.

Durante más de dos minutos, estuvo allí, como petrificado,

sumido en pensamientos varios, pero todos ellos ceñidos al asunto que lo había colocado en aquella situación. Por fin, el

g-man

encogió los hombros, y murmuró:

—Al fin y al cabo, en este juego vamos de pillo a pillo, nena. Cada cual tendrá que aceptar el resultado que le corresponda. Aunque no le guste.

CAPÍTULO IX

—¿Te gusta? —preguntó Gertrude, brillantes los ojos.

—Psé.

—¿Eso quiere decir que sí o que no? —rió ella.

Dasch encogió los hombros. Estaban en la terraza de la casita que Gertrude quería comprar, y ya la habían visto toda. Tenía tres habitaciones, dos cuartos de baño, una gran cocina, un grandioso *living* que daba a la terraza. Y desde allí, se veía el mar, muy cerca. Un día espléndido, azul el mar, diáfano el cielo.

—No está mal —admitió por fin el

g-man

—¿Pero no acaba de gustarte?

—¿Qué más da que me guste a mí? Tú vivirás aquí, no yo.

—Oh, bueno... Sí, claro... Pe... pero me... me pareció que... ¡Te gusta torturarme, Lee!

—No digas tonterías.

Gertrude estuvo mirándolo unos segundos, sonriendo un tanto cohibida. De pronto, le echó los brazos al cuello.

—Ya que no lo haces tú, lo haré yo...

Lo besó, y las manos de Dasch fueron instintivamente hacia la cintura femenina. Sus dedos apretaron la tersa carne, elástica bajo el fino jersey rojo... Cuando se dio cuenta, estaba correspondiendo al beso con toda su alma, y entonces la apartó bruscamente.

—Lee... —gimió ella.

—¿Pensaste en lo de anoche?

—Sí... Claro que sí, querido.

—¿Y bien?

—Ya tomé mi decisión desde el primer momento: haré todo lo

que tú quieras.

—¿Lo has meditado bien? Puede ser peligroso.

—No lo será, mientras tú me estés protegiendo.

—Hermosas palabras. La pregunta es: ¿quién me protegerá a mí?

—Lo que quieres es asustarme, para que no te ayude... Eres tú quien lo ha pensado mejor, y no quieres que yo corra peligro, Lee, ¿verdad que es eso?

—Qué gran poder de penetración... Bien, ¿estás decidida?

—Sí, mi amor. Lo que tú digas.

Lo besó rápidamente, en los labios, y se quedó mirando sonriente al ceñudo

g-man

, que refunfuñó:

—No tenemos tiempo para estas cosas ahora, Gertrie...

—Dime «amor mío».

Dasch lanzó un bufido.

—Vamos, vamos... —farfulló.

—Quiero que me digas «amor mío». Por favor... ¡Por favor, Lee!

—Ejem...

—Sólo una vez... ¡Por favor!

—Esto... sí, bien... Te decía que no tenemos tiempo para estas cosas ahora... amor mío...

Gertrude Pitts lanzó un gritito de alegría, y volvió a besar a Dasch, ahora en la barbilla.

—¡Eres un encanto, querido! ¡Vamos adentro y me dices todo lo que tenemos que hacer!

—Te ruego que me escuches con toda atención, Gertrie, no es ningún juego.

—Te escucharé con toda atención. ¿Qué haremos luego?

—¿Luego?

—Después de que me hayas explicado todo.

—Ah, sí... Bien podemos echar un segundo vistazo a la casa, nadar un poco, almorzar, dormir la siesta, dar un paseo por Pensacola, tomar un trago en cualquier sitio, cenar... Y no olvides que a las nueve vendrán a buscarme, y que entonces empezará realmente todo.

—¿Qué tendré que hacer yo? —preguntó Gertrude, tirando de una mano de Lee, hacia el interior de la casa.

—Verás, a las nueve en punto, llegará un tipo llamado Littman, que...

Gertrude alzó una manita, haciendo señas al hombre que acababa de aparecer en la terraza, y que frunció el ceño, vacilando un instante antes de acercarse a la mesa. Pero fue hacia allá, y se plantó ante la muchacha, si bien mirando a todos lados.

—Lee vendrá enseguida —susurró ella—. Ha subido a buscar un pañuelo. ¿No quiere sentarse?

—¿Tardará mucho?

—No creo. Vamos, siéntese, señor Littman. ¿Quiere tomar algo?

—No, gracias. Sería mejor que fuese usted a buscar a Lee.

—De ninguna manera. Conozco bien a Lee, y cuando él dice que no me mueva de aquí, es porque no debo moverme de aquí. Me despellejaría si no le obedeciese. Ya he tenido malas experiencias con él en otras ocasiones. Me ha dicho: «amor, espera aquí por si viene Littman, y no te muevas pase lo que pase». Así que, señor Littman, la nena se queda aquí.

Littman sonrió secamente. Había entornado los ojos.

—¿Se conocen hace tiempo? —murmuró.

—Bastante. —Gertrude se echó a reír—. Ésa es la verdad, aunque él les dijera a ustedes que nos habíamos conocido aquí casualmente.

—Entiendo. Supongo que lo haría por algún motivo.

—¿Mentirles a ustedes? Oh, sí... Lee siempre tiene motivos para hacer cualquier cosa.

—Es usted una chica muy bonita, señorita...

—Pitts. Y muchas gracias, señor Littman.

—De nada. Y muy lista.

—Además de bonita y lista, soy escultora —rió Gertrude—. Toda una artista, como ve.

—Sí, claro. ¿Escultora?

—Oh, sí. Ya sabe, estatuas, figuritas, bustos...

—Sí, sí entiendo. Imagino que eso debe dar mucho dinero.

Gertrude Pitts sonrió muy divertida al parecer.

—¡Huy, no lo sabe usted bien! —exclamó.

Y se echó a reír verdaderamente muy divertida. Littman volvió a fruncir el ceño, pero no hizo comentario alguno. Apenas un minuto más tarde, llegó Lee Dasch, apresurado, con un gesto de excusa.

—Lo siento, Littman. Una tontería: olvidé el pañuelo. ¿Nos vamos ya?

—Desde luego. Adiós, señorita Pitts. Ha sido...

—Ella viene con nosotros —dijo Dasch.

—¿De veras? —musitó Littman.

—Hoy, sí. Estoy seguro de que Zinser se alegrará mucho de conocerla, Littman.

—Bueno, ya veremos eso. Salgamos de aquí, se está haciendo tarde.

Abandonaron el hotel, y Littman señaló su coche, estacionado delante, al otro lado de la avenida. Fueron hacia allá, Littman pasó al volante, y Gertrude y Lee a la parte de atrás.

—¿Y Springer? —preguntó Lee.

—Él ya está allí, con el coche del jefe.

Puso en marcha el coche, apretó el pedal del gas... y el auto dio un par de dificultosos bandazos. Dio más gas, y el coche pareció arrastrarse.

—¡Maldita sea! —exclamó Littman.

Se apeó rápidamente, dio la vuelta al coche, y regresó ante el volante, con gesto malhumorado.

—¿Qué ocurre, Littman?

—Tenemos un pinchazo. La rueda delantera derecha... ¡Vamos a llegar con tanto retraso, que...!

—Podemos ir en mi coche. Lo tengo ahí mismo, en el *parking* del hotel. O eso, o cambiar de rueda. Pero sea lo que sea, manos a la obra. Aunque la verdad, ponerme ahora a cambiar una rueda...

—Está bien —gruñó Littman—, vaya a buscar su coche.

—Ése no es el coche de Littman —musitó Springer, metiendo la mano derecha hacia el sobaco izquierdo, rápidamente—. ¡Algo ha pasado!

—Calma —sonrió el barbudo—. Desde aquí podemos ver lo que sea sin correr riesgo alguno, Springer.

—Deben haber cazado a Littman. ¡Ese tipo del FBI...!

—Tranquilo. Littman no dirá nada. Y si el tipo del FBI se las ha dado de listo, es cosa que ya teníamos prevista.

Señaló hacia atrás, donde esperaba un pequeño helicóptero, con un hombre ante los mandos. Estaban algo alejados del lugar donde se habían reunido la noche anterior, que era donde Springer había

dejado el coche. El falso Zinser había llegado en el pequeño helicóptero, y ahora, bien escondidos, lejos del coche al que se acercaba ya el que llegaba, podían ver lo que ocurría, y, si la cosa no les gustaba, sólo tenían que subir al pequeño helicóptero y marcharse. Así de fácil.

Pero no hubo necesidad.

El auto desconocido llegó junto al otro, se detuvo, apagó las luces, volvió a encenderlas, las apagó... Se vieron los tres destellos de las luces cortas. Luego, la alta silueta de Littman destacó claramente al salir del coche, recortándose contra el mar brillante de lima.

—Ése es Littman —musitó Springer—, le conozco bien.

—Silencio. Veamos quién llega con él.

Vieron salir del coche al hombre y a la mujer. Eran como figuras negras bordeadas de plata que parecía rebosar del mar. El barbudo miró hacia el camino, pero no vio nada allí. Ni se oía nada, excepto el rumor del mar, ahora que Littman había detenido el motor.

—Ésa no es Mabel —susurró Springer.

—¿Por qué tendría que ser ella? —sonrió el barbudo—. Mabel no cometería una torpeza semejante. Ésa debe ser la chica que ha conocido Dasch aquí. Vamos a esperar un minuto, por si detrás vienen más coches. Yo creo que Dasch tiene que haber comprendido el peligro que corre viniendo sólo aquí esta noche.

Pero dos minutos más tarde, nada había sucedido. Cerca de la playa, Littman, Dasch y la muchacha continuaban esperando, eso era todo. El falso Zinser se deslizó hasta el helicóptero, y se irguió junto al piloto.

—Vamos a acercarnos allá. Si ves que hay tiros, pon en marcha el aparato y prepárate a recogerlos. Si ves que caminamos todos hacia la playa esperas un poco y te marchas. Ya sabes, ¿no?

—Seguro.

—Bien.

No sin ciertas precauciones, el barbudo y Springer fueron hacia donde esperaban Littman, Dasch y la muchacha. El primero en oírlos llegar fue Dasch, que se volvió rápidamente, llevando la mano a la pistola.

—¿Zinser?

—Soy yo. Dasch. Tranquilo.

Se reunieron junto al coche, y Springer lo señaló.

—Os vimos llegar en este coche que no conocemos... ¿Qué pasó con el tuyo, Littman?

—Un maldito pinchazo. Menos mal que Dasch tenía el suyo allí mismo.

—Bien —aprobó Zinser—. ¿Y esta joven?

—Ella es Gertrude Pitts —dijo Dasch—. La muchacha que hace tiempo trabaja conmigo.

—Es la que vi ayer con él —aclaró Littman—. Simulan no conocerse, pero hace tiempo que van juntos, Zinser. Dasch dice que te alegrarás mucho de conocerla.

—¿De veras? Bien, si Dasch lo dice...

—Le hablé de mi sistema para pasar las drogas, ¿recuerda? —deslizó Lee—. Pues bien, con Gertrie...

—Luego, Dasch. Ahora, lo importante es embarcar. Vamos hacia la playa.

—*Okay* —Lee golpeó su coche con los nudillos, como aceptando por completo, sin paliativos—, usted manda, Zinser.

Fueron los cinco hacia la playa, y aún no habían llegado a ella cuando, por detrás, comenzaron a oír el fuerte trepidar de un motor. De nuevo llevó Dasch la mano a su pistola, pero el barbudo lo miró sonriendo, y movió la cabeza en sentido negativo.

—Es mi helicóptero. Todo va bien.

Lee Dasch miró hacia el cielo, donde se recortaba ya claramente la silueta del aparato, elevándose. Por supuesto, Zinser debía tener tomadas sus propias medidas respecto a la situación, tal como él había pensado. Si hubiese llegado acompañado del inspector Gallup y otros compañeros del FBI, el barbudo habría volado lejos de allí ante sus propias narices. Notó el contacto en su mano, y dejó de mirar hacia el helicóptero. Gertrude estaba junto a él, y se tomaba de su mano. No parecía demasiado tranquila, pero Dasch permaneció impávido. Al fin y al cabo, todo el mundo sabía hacer teatro cuando le convenía.

—Ahí aparece el yate —dijo Springer—. Han comenzado a acercarse al ver elevarse el helicóptero. ¿Hago la señal?

—Sí.

Springer sacó una linterna pequeña, con la que lanzó varios destellos convenidos hacia el yate que se iba acercando. Poco

después, éste quedaba prácticamente inmóvil, a merced del suave oleaje. De su costado fue desprendida una lancha ligerísima, seguramente de plástico, que con un hombre a los remos llegó enseguida a la playa.

—La vamos a hundir si subimos todos —objetó Dasch.

—No creo, pero será mejor hacer dos viajes. Llévanos primero a la señorita y a mí, Barrows.

El del bote encogió los hombros. Llevó al yate a Gertrude y a Zinser. Luego, a Dasch, Littman y Springer. La lancha fue izada, y dejada en cubierta, a un lado, en proa.

El barbudo, que había estado esperando, señaló hacia la cabina de mandos, un poco elevada, donde se veía a un hombre robusto, con jersey blanco y gorra de *yachtman*.

—Ése es Lowell, el capitán del yate —sonrió; señaló al hombre que había manejado la pequeña lancha—. Éste es Barrows, el único marino de a bordo a las órdenes de Lowell. Y abajo está Morgan, que es el cocinero y camarero. Ésa es toda la tripulación, Dasch.

—¿Toda? Bueno, pero habrá abajo más hombres, ¿no?

—¿Por qué supones eso?

—Si vamos a darle un escarmiento a Tolliver y a los suyos, yo creo que no somos lo suficientes. Convendría.

—Todo está calculado —sonrió Zinser—. Vamos abajo a tomar un trago. Barrows, sube junto a Lowell y ve mirando con los prismáticos el mar y el cielo. Ya sabes lo que tienes que vigilar.

—Seguro.

—Los demás vamos abajo.

Bajaron todos al interior del yate. Un tipo alto, de hombros anchísimos y barbilla saliente, esperaba al pie del tramo de peldaños de madera pulida, ataviado con chaquetilla blanca y pantalones oscuros.

—Bienvenido, señor —saludó.

—Gracias, Morgan —sonrió de nuevo Zinser—. ¿Quieres servirnos unos tragos, por favor?

—Enseguida, señor.

Gertrude miraba a todos lados, y Lee se dio cuenta de que le costaba un gran esfuerzo disimular su inquietud. O bien, que fingía un gran esfuerzo, para engañarlo a él. Un agente del FBI, generalmente, está harto de pillos y sinvergüenzas, como suele

decirse, y está al corriente de que los delincuentes se las saben todas, desde matar, a parecer absolutamente inofensivos, e incluso cariñosísimos si así conviene. Pero, por primera vez desde que conociera a Gertrude Pitts, pensó que con ella podía haberse equivocado.

Cierto que el fulminante enamoramiento de la muchacha era por demás sospechoso, que era demasiado dulce, que le había soportado malos modales, pero... ¿realmente había sido porque estaba haciendo su papel, o... simplemente, Gertrude Pitts, era quien decía ser y no sabía nada de aquel asunto, ni conocía de antes a Springer, Littman, a Zinser...? Pensando esto, el

g-man

palideció ligeramente. Si se había equivocado con la muchacha la había metido en un lío cuyo desenlace no parecía muy agradable, por cierto.

—¿Qué le ocurre, Dasch? —se interesó Littman.

—¿A mí? Nada. ¿Por qué?

—Parece que está un poco pálido.

—Oh, bueno. La verdad es que no nací, precisamente para marino.

—Un trago le sentará estupendamente —rió Zinser—. Sentémonos.

Estaban en el *living-yacht*, decorado sobriamente, de un modo estrictamente funcional. No había nada superfluo allí. Unas sillas, el diván corrido bajo el alargado ventanal que daba a cubierta, una mesita rectangular, casi tan larga como el diván... Una alfombra muy vieja cubría el piso; en una pared había un pequeño extintor pintado rojo. A un lado, una pequeña librería; los libros que se veían en ella, muy pocos, estaban polvorientos, sin duda olvidados hacía ya mucho tiempo.

Dasch y Gertrude se sentaron en una punta del diván, y de nuevo la manita de la muchacha se crispó en la del agente del FBI, que comenzó a lamentar seriamente haberla llevado allí.

—¿Es suyo el yate, Zinser? —musitó.

—No exactamente —sonrió el barbudo, sentándose en la otra punta del diván; Springer y Littman lo hicieron delante, en sendas sillas, dejando la mesita alargada entre ellos y el diván—. Ah, gracias, Morgan, Beba, Dasch. Tiene que estar en buenas

condiciones para cuando llegue el momento. Y hablemos de la chica, ¿qué pinta ella en todo esto? Todavía no sé por qué voy a alegrarme de conocerla.

Lee Dasch entregó un vaso con *whisky* a Gertrude, y se quedó otro para él. Bebió un sorbito.

—Ella es quien consigue que yo pase las drogas donde quiero y cuando quiero, sin riesgo alguno.

—¿Sí? ¿La usa como intermediaria, quizá?

—No, no. La cosa es mucho más sutil, Zinser. Gertrie es escultora, hace diversas figuras de arcilla, como bustos, cabezas, pequeñas estatuillas de adorno... Pues bien, metemos la droga en la arcilla, envuelta en plástico, y vendemos la escultura al cliente. Éste sabe muy bien que sólo tiene que romper la figurilla o su busto para sacar la droga. Es claro que esto sólo podemos hacerlo con clientes de dinero, que a fin de cuentas son los que más interesan. Yo soy partidario de seleccionar bien la clientela, Zinser.

—Estamos de acuerdo. Un sistema ingenioso el suyo, lo admito.

—Sabía que le gustaría.

Zinser volvió a sonreír. Sus grandes ojos claros, inteligentes, se fijaron en su reloj de pulsera. Luego, volvió a mirar a Dasch, y éste se sintió francamente inquieto bajo aquella mirada brillante, de una sagacidad admirable. Pese a las barbas, podía ver muy bien ahora que el falso Zinser era un hombre quizá tan joven como él mismo. Y su frente, su firme boca, sus ojos, revelaban con claridad una firmeza de carácter y una inteligencia muy poco corriente. Tampoco él era tonto, desde luego, pero si fallaba su plan, Gertrude y él se iban a ver en un apuro que quizá resultase definitivo. Zinser estaba haciendo su jugada, y él no había dejado nada al azar, pero...

—Lo que será una lástima —estaba diciendo Zinser— es romper las figurillas que modele la señorita Pitts, estoy seguro de que serán obras de arte.

—No lo hace mal —consiguió sonreír Dasch.

—Por supuesto. —Zinser miró a Gertrude—. Espero que no sea usted muda, señorita Pitts.

—No... No lo soy, no...

—¡Espléndido! —rió el barbudo—. Lo que pasa es que está asustada, ¿no es cierto?

Gertrude tragó saliva.

—¿Por qué tendría que estar asustada?

—Pues porque el señor Dasch la ha metido en un lío —hizo una seña, y rápidamente, Springer, Littman y Morgan esgrimieron sus pistolas, apuntándolos—. ¿Se da cuenta? ¡En un buen lío!

Dasch había quedado con el vaso en alto, tenso el rostro. Estuvo unos segundos mirando las pistolas que le apuntaban, y por fin desvió los ojos hacia el sonriente Zinser.

—¿Qué significa esto, Zinser? —inquirió fríamente.

—Saque su pistola con dos dedos y colóquela sobre la mesa —le dijo secamente Littman—. Y mucho cuidado con lo que hace, Dasch. Puede morir ahora mismo o vivir todavía unas horas más.

—Escucha, Littman, esto...

—Será mejor que le obedezca —dijo amablemente Zinser—. Ya no hay tiempo para más tonterías, Dasch. O se desprende de su pistola, o vamos a enviar los cadáveres de ustedes dos, envueltos en celofán, al FBI. Usted elija.

CAPÍTULO X

Lee Dasch se pasó la lengua por los labios. Bien. A fin de cuentas, aquello también estaba previsto, desde luego. Pero la certidumbre de que Gertrude Pitts no tenía nada que ver con aquello llevó un frío intenso a todo su cuerpo. Por el amor de Dios... ¡qué había hecho con aquella chica! Por su culpa...

—No tenemos todo el verano para esperar su decisión, Dasch.

En silencio, el

g-man

sacó la pistola, con dos dedos, y la dejó sobre la mesita alargada. Morgan se adelantó un paso, la recogió, y se la guardó.

—Salga aquí —señaló Littman el centro de la pieza—. ¡Vamos!

El

g-man

obedeció. Littman le ordenó que mantuviera los brazos bien altos, y se dedicó a registrarlo. Se lo quitó todo: dinero, tabaco, encendedor, pañuelo, llaves del coche... Todo.

—Los zapatos también, Littman —susurró Zinser.

—Quíteselos —gruñó Littman.

Dasch obedeció, y Littman los dejó sobre la mesa, junto a lo demás.

—Ahora, usted, señorita Pitts —sonrió Zinser—. Desnúdese. Es decir, quítese el vestido, solamente. Puede quedar en combinación.

—No... no llevo... combinación...

—Pues tendrá que quedar solo con lo que lleve debajo del vestido. Lo siento.

—¡Yo no voy a...! —Enrojeció Gertrude.

—Será mejor que le obedezcas —la interrumpió Lee—. Y pronto, querida.

—Pero Lee...

—Haz lo que te dicen.

Gertrude vaciló todavía, pero sólo un instante. Se puso en pie, se colocó ante el

g-man

, y se quitó el liviano vestido, quedando solamente en pantaloncitos y sujetador. Pero, pese a lo muy sugestiva que resultaba así, ni uno solo de aquellos hombres la miró de modo especial. Era como si Gertrude Pitts fuese, simplemente, un objeto.

—Los zapatos también —dijo Littman.

Gertrude obedeció. Springer le quitó la chaqueta a Dasch, y la tiró encima de lo demás. Por fin, se les indicó que volvieran a sentarse donde habían estado antes, en una punta del diván.

—Y será mejor que no se muevan para nada, Dasch —aconsejó Springer.

Lee Dasch no pensaba moverse. Gertrude se había abrazado a él, y el

g-man

pasaba un brazo por la cintura de la muchacha... Pero toda su atención estaba en Zinser, que parecía haberlos olvidado, para dedicarse a examinar sus pertenencias. Sin que el rostro del barbudo sufriese alteración alguna, todo quedó al descubierto: la micropelícula de su encendedor, el pequeño radiorreceptor oculto en el tacón de uno de sus zapatos, el diminuto emisor de señales que parecía una moneda. Todo. Durante medio minuto, estuvo contemplando el pequeño radiorreceptor que había encontrado en el tacón hueco, y, mientras lo hacía, una sonrisita irónica estiraba sus labios. Por fin, miró a Morgan, todavía sonriente.

—Ve a decirle a Lowell que ya puede poner rumbo a nuestro auténtico destino. Y luego, tráeme la radio de baterías.

—Sí, señor.

Morgan se fue hacia cubierta, y Zinser miró entonces a Dasch, con gesto amable, tranquilo.

—Veo que sabe perder, Dasch.

—No soy un histérico, si es eso lo que esperaba.

—Lo temía, pero celebro que sea así, tan tranquilo y sereno como yo. Mientras hay vida, hay esperanza, ¿no es así?

—Eso dicen.

—Sí, eso dicen —alzó la falsa moneda que contenía el emisor diminuto de señales—. ¿Cuántos hombres están recogiendo ahora las señales que emite este aparatito. Dasch?

—Quince.

—¿Tantos?

—Creíamos que usted disponía de más hombres.

—Entiendo. Deben ir en tres lanchas, y cada una de ellas lleva a bordo un receptor de señales —parecía hablar consigo mismo—. Esto es, que nos están siguiendo a distancia, sin dejarse ver. Lo que esperan es que usted los avise del momento conveniente para atacar. Y eso lo haría por medio de la radio que hay aquí —alzó el tacón del zapato—. ¿Cierto?

—Ya que es tan listo, contéstese usted —gruñó Dasch.

—Lo ha hecho usted mismo —rió Zinser—. Bien, pues tendrán que seguir esperando... y manteniéndose a distancia. Cosa que a mí me conviene mucho. Quizá sería conveniente destrozarse este emisor de señales, y así ya no sabrían en qué dirección va el yate —miró socarronamente a Lee, y continuó—: pero si hago eso, comprenderán que algo ha ocurrido, y entonces se acercarán más, avisarán a las lanchas guardacostas para que rodeen el yate. Eso no me interesa, ciertamente. De modo que vamos a dejar que sus compañeros vayan detrás de este aparatito.

Sonriendo, hizo saltar la moneda en la palma de su mano, mientras Springer y Littman lo miraban sin comprender. El único que sí comprendió fue Lee Dasch. Y Zinser se dio cuenta de ello, desde luego.

—SU mente es rápida, Dasch. En efecto; sus compañeros van a dedicarse a seguir este aparatito, sólo que, como usted ha comprendido ya, nosotros iremos hacia otro lado. ¿Le parece buena mi idea?

—Usted es un espía profesional —susurró Lee.

Zinser se limitó a sonreír.

—Littman —lo miró y le tiró la moneda a las manos—, sube a cubierta, ponle el motor fuera-borda a la lancha, y bájala al agua. Fija la caña del timón, asegúrate de que todo marche y envía la lancha mar adentro. Así seguirá... hasta que se le termine la gasolina. Naturalmente, ya has comprendido que este aparatito debe ir en la lancha.

—Seguro —sonrió Littman—. ¡Ahora sí he comprendido! Mientras los del FBI, se van mar adentro, nosotros haremos lo nuestro.

—Exacto. Date prisa: ya deben haberse dado cuenta del nuevo rumbo, y esto los desconcertará aún más.

Casi riendo, Littman se dirigió a las escaleras. Cedió paso a Morgan, que llegaba con la radio de baterías la cual dejó sobre la mesa, para dedicarse enseguida a apuntar a Dasch con su pistola. Zinser se acercó a la radio, se colocó los auriculares, y llamó. Tuve que insistir un par de veces antes de que el rostro se animase.

—Hola —sonrió—. ¿Cómo va eso por ahí? Cambio.

—¿De veras? Admirable todo eso. Escúchame bien: por mí parte, todo está saliendo perfectamente, así que espero terminar pronto con el asunto. Ahora vamos hacia allá. El camión llegará sin dificultades, estoy seguro, así que partiremos hacia Washington inmediatamente que el material haya sido cargado. Dime si has comprendido. Cambio.

—Perfecto. Exacto, exacto. Fíjate bien en esto: marcharos de ahí ya, cavad un buen agujero y enterrad la radio. Ya sabes el resto. Nos veremos cuando regrese de Washington. ¿Bien? Cambio.

—Vale. Yo también voy a deshacerme de la radio inmediatamente. Respecto al agente del FBI, lo tenemos. Es un chico bastante listo, pero no ha tenido suerte. No ha podido encontrar a la persona que asesinó a su compañero Robert Alba. Y, atiende, sólo tendrá noticias de esa persona, si contra lo que yo creo, resultase ser más listo que yo, a fin de cuentas. Esto es importantísimo, así que dime si lo has entendido. Cambio.

—Muy bien. Pues eso es todo. Cambio y fuera.

Cerró la radio, se quitó los auriculares, encendió un cigarrillo y miró su reloj.

—Tenemos tiempo de sobra —dijo Springer.

—Lo sé. Morgan, dame tu pistola y ve a tirar la radio al mar.

—Sí, señor.

Morgan se apresuró a obedecer. El barbudo miró a Dasch y a Gertrude, y sonrió.

—Realmente, Dasch, usted ha hecho lo que ha podido. Según me comunican, en apariencia hay una gran concentración de fuerzas de la ley en las playas de Destin. Es decir, que usted, previendo que

nosotros los estaríamos vigilando, ha querido confiarnos haciéndonos creer que nosotros nos creíamos la ingenuidad de ustedes. Sólo que, mientras mis... confidentes de Pensacola debían ser engañados por esa concentración de fuerzas de la Ley en Destin, quince de sus compañeros nos seguirían por medio de las señales que irían recibiendo de su aparatito de la moneda. Ahora, mientras el FBI y la Policía y los guardacostas reparten sus efectivos entre las playas de Destin, donde no sucederá nada, y persiguiendo a la lancha vacía hasta que se le termine el combustible, nosotros vamos a donde realmente he querido ir en todo momento. Esto significa que usted ha perdido completamente la partida, y que yo conseguiré lo que quería.

—Pura suerte —masculló Dasch.

—Yo no creo en la suerte, Dasch. Efectivamente, parece que todo va bien para mí, que he despejado el terreno que me convenía, que podré realizar mi trabajo sin contratiempos. Todo va magníficamente. Pero, como le digo no creo en la suerte. Ni creo que usted sea tan tonto. ¿Cuál es su verdadero juego, Dasch?

—¿Mi qué? —Gruñó Lee.

—Vamos, vamos —se endureció repentinamente el rostro del barbudo personaje—. Usted no puede ser tan tonto que no haya previsto este contratiempo suyo, Dasch.

—Usted está loco —masculló el

g-man

—. ¡Váyase al infierno!

Lucius Rollner, alias Zinser, entornó los ojos, y ya no dijo nada más. Su mirada, dura y fría, permaneció fija en todo momento en el

g-man, hasta que Littman y Morgan regresaron de cubierta, sonrientes. Entonces señaló a Lee Dasch, y dijo, fríamente:

—Ablandadlo un poco. Tú también, Springer.

Los tres hombres miraron desconcertados a su jefe, y Dasch se mordió los labios, palideciendo ligeramente. Parecía aterrado, pero, cuando Littman, Morgan y Springer estaban ante la mesa, ya bien entendida la orden de su jefe, el

g-man

actuó de modo inesperado. Bajó las manos, las colocó en el borde de la mesita, y la alzó y la tiró fuertemente contra los tres, con tal

acierto que Littman, al recibir el golpe, perdió la pistola.

En un instante, en el interior del yate se organizó una especie de terremoto privado. Gertrude había lanzado un grito de espanto, pero no pudo ni siquiera intentar ponerse en pie, porque el barbudo se deslizó hacia ella, y la sujetó por un brazo, colocándole la pistola en los riñones.

—Quieta, preciosa —ordenó tranquilamente.

Mientras tanto, Dasch se había tirado de cabeza hacia la pistola que había escapado de la mano de Littman... Fue horrible; aún estaba en el aire, con las manos ya casi tocando el arma, cuando Morgan lanzó un puntapié escalofriante, que alcanzó al

g-man

en la barbilla, lo hizo girar, y lo dejó tendido de espaldas en el piso, con los ojos velados por la semiinconsciencia. Springer apartó la pistola de un puntapié, y Littman, con los ojos casi desorbitados por la furia, miró a su barbudo jefe, que asintió con la cabeza.

—He dicho que lo ablandéis, ¿no?

Littman lanzó una exclamación de alegría, y lanzó un punterazo al costado de Dasch, justo cuando éste comenzaba a sacudir la cabeza. Gritó agudamente al recibir el puntapié, se encogió, giró hacia un lado, y recibió otro puntapié, ahora propinado por Morgan, en plena espalda, por encima de los riñones.

—Vamos, vamos —incredó el barbudo—: no estamos jugando a damiselas. ¡Dadle fuerte! Pero sin matarlo. Cuidado con la cabeza.

Springer lanzó otro puntapié, dispuesto a complacer cumplidamente a Lucius Rollner. Y esta vez, tuvo un poco de mala suerte: Dasch se había revuelto en el suelo, crispado y vio llegar aquel pie, directo a su vientre. Como entre brumas negras, pero lo vio. En realidad, su gesto fue más instintivo que otra cosa: asió el pie de Springer en el aire, se puso de rodillas de un salto, y tiró hacia arriba. Springer lanzó un alarido... brevísimo, porque llegó de cabeza al suelo, se oyó el seco «cloc», y quedó tendido de lado, arrugado, agitándose débilmente.

El puntapié de Morgan fue apartado por un brazo del

g-man

, que lanzó un terrorífico directo, a ciegas, entre las piernas de aquél. Morgan lanzó un aullido, saltó hacia atrás, cayó de rodillas, y quedó encogido, doblado sobre sí mismo, como un musulmán en

oración, mientras Lee Dasch, tambaleante, se ponía en pie, justo a tiempo para recibir, en pleno pecho, el puñetazo de Littman, que lo tiró contra un tabique. Su cabeza rebotó sonoramente, y salió despedido de nuevo hacia los fuertes brazos de Littman, que se apercebíó a golpear de nuevo.

Sorpresa.

Lee Dasch fue hacia él, pero, justo cuando Littman lanzaba de nuevo su puño, el

g-man

caía de rodillas delante, ante sus piernas. Su mano izquierda asió la muñeca derecha de Littman, tiró de ella hacia donde iba dirigido el puñetazo, y el propio impulso de Littman hizo el resto; se encontró de pronto sobre los hombros del arrodillado federal, que se puso en pie asombradamente, con aquel gran peso encima, y basculó siempre siguiendo el impulso de Littman... el cual tuvo entonces sus primeras nociones de vuelo sin motor... hasta que su cabeza se hundió en un tabique, perforándolo. Y allí se quedó, como un extraño trofeo, colgando, con la cabeza saliendo en un camarote.

Pero era demasiado. La pelea sólo podía terminar de una manera, y así sucedió. Springer, que se había puesto en pie, golpeó con ambos puños juntos en los riñones a Dasch, y éste cayó de rodillas, como petrificado. Otro puntapié en los riñones lo tiró de bruces, y cuando aún se agitaba crispadamente, Morgan aún encorvado, le golpeó ferozmente en el vientre, pasando su pie bajo el cuerpo de Dasch.

El

g-man

gimió ahogadamente, dio la vuelta por el impulso del golpe, y quedó de espaldas, desencajado el lívido rostro, abierta la boca angustiosamente. Springer alzó de nuevo el pie hacia atrás, pero el barbudo le impidió golpear de nuevo.

—Está bien ya. Ved si está vivo, y reanimadlo.

Jadeando, Springer se arrodilló junto a Dasch, y le tocó el cuello. Le pareció duro aquel pollo.

—Está... vivo...

—Bien. Seguiremos dentro de unos minutos con él. Sacad a Littman de ahí. ¿Está asustada, señorita Pitts?

¿Asustada? Eso era poco. Gertrude Pitts parecía al borde del

desmayo, rígida, palidísima, desorbitados los ojos fijos en Dasch, que quizá estuviese vivo, sí, pero parecía muerto.

—Está muerto —exclamó Morgan.

—Se ha roto la cabeza contra el tabique —informó innecesariamente Springer.

—Bien... Mala suerte.

—¿Qué hacemos?

—Hay que deshacerse de él, lo siento. Tendréis que tirarlo al mar. Si se os ocurre algo mejor, decidlo. Si no llevadlo arriba, echadlo al agua, y volved.

Springer y Morgan cambiaron una mirada, miraron a Lucius Rollner, volvieron a mirarse. Por fin, alzaron entre ambos el cadáver de Littman, y se dirigieron hacia las escaleras. Lucius Rollner miró con evidente pasmo a Lee Dasch, y movió la cabeza.

—Increíble —musitó—. Y no parece gran cosa, ¿verdad? Claro que estos tipos del FBI son así; nunca sabes de lo que son capaces hasta que los pones a prueba —sonrió secamente—. Los conozco bien. Este amiguito suyo, preciosa —señaló a Dasch—, va a resultar un hueso muy duro de roer.

—Dios mío... —pudo gemir Gertrude, al fin.

—No se asuste. Son cosas que pasan en estas profesiones. Su amigo es muy duro, resistirá bien el tratamiento. Demonios: ¿quién habría pensado que un tipo tan delgaducho fuese capaz de esto? Es mucho más fuerte de lo que parece. Dígame, preciosa, ¿usted también es del FBI?

Gertrude Pitts lanzó tal respingo, y miró de tal modo al barbudo, que éste alzó una mano, como matando una mosca en el aire.

—Olvídelo —gruñó—. Lo que no comprendo es qué pinta usted en todo esto, entonces. Y me resisto a creer que el FBI haya utilizado una jovencita que no sabe nada de estas cosas, sólo para colocarme el cuento de las esculturas, las drogas. Él nos lo dirá —señaló de nuevo a Dasch—. Vea si puede reanimarlo. Mire, la botella de *whisky* no se ha roto; échele un poco en la boca. Que trague.

Gertrude parecía petrificada, pero reaccionó de pronto; se arrodilló junto a Dasch, después de recoger la botella y le tocó el rostro, que estaba frío, cubierto de fino sudor. Springer y Morgan regresaban en aquel momento, sombríos, y su mirada fue hacia el *g-man*

, con expresión asesina. Captaron la seña de Lucius Rollner, y permanecieron inmóviles.

Gertrude había alzado la cabeza del

g-man

y vertía *whisky* en su boca, pero el licor resbalaba fuera.

—No... no puedo... ¡No puedo!

—Ayúdala, Morgan.

Fue inútil. Morgan abrió la boca de Dasch, pero el licor no pasaba por su garganta. Rebosaba de su boca igual que rebosaría de un vaso ya lleno.

—Puede que esté reventado —diagnosticó Morgan.

La muchacha lanzó un gemido, tiró la botella, y rodeó con sus brazos el cuerpo del federal. Lucius miró su reloj, y lanzó un gruñido.

—Está bien, dejadlo por ahora. Si no me equivoco, estamos llegando al punto convenido. Vamos arriba a hacer las señales, a ver si el camión nos contesta desde tierra. Todos preparados para abandonar el yate.

—¿Y Dasch y la chica?

—Los dejaremos aquí. Vamos a lo de arriba, y luego tú te encargarás de vigilarlos, Springer. En cuanto a usted, señorita Pitts, si quiere que los matemos a los dos inmediatamente, sólo tiene que moverse de dónde está. Vamos.

CAPÍTULO XI

Lee Dasch abrió los ojos, parpadeó varias veces, los mantuvo cerrados irnos segundos, y, por fin, pudo dejarlos abiertos. Cierto: lo que había visto era el rostro de Gertrude Pitts, inclinado sobre él, muy abiertos sus bellos ojos.

—Ger... trie... —musitó roncamente.

—Lee... ¡Oh, Dios mío, Lee...!

—¿Qué... qué...?

Movió la cabeza, y no terminó la pregunta. Allá, sentado en un sillón, mirándolo torvamente, estaba Springer, con la pistola en la mano, mirándolo con una fijeza cruel, con un odio terrible. El

g-man

se movió y Gertrude dejó de atarazarlo, para ayudarle a sentarse. A cada movimiento, Lee Dasch tenía que morderse los labios para no aullar de dolor. La paliza más grande de su vida.

Por fin, quedó sentado, apoyado en el tabique agujereado. Su respiración era difícil, entrecortada. Gertrude se sentó junto a él, y le tomó las manos, temblorosas las suyas. El

g-man

la miró, y sonrió. Así era de raro Lee Dasch: sonreía cuando tenía motivos para gritar de dolor.

—¿Cómo te... te sientes? —tartamudeó la muchacha.

—Como si me... hubieran dado... una paliza...

—Lee, mataste... mataste a Littman...

El

g-man

volvió a mirar al sombrío Springer, cuya mirada seguía fija obsesivamente en él.

—Entiendo.

Suspiró profundamente, pero muy despacio, pues a cada centímetro cúbico de aire que enviaba a sus pulmones era como si éstos, y las costillas, fuesen a estallar. Se dio cuenta de que los motores del yate estaban parados. El silencio era total, salvo un acolchado rumor de mar, aquel susurro contra el casco del yate. Se habían detenido.

—¿Y Zinser? —musitó.

—Él y los demás están fuera del yate. Sólo estamos nosotros y ese hombre.

Dasch miró a Springer, fijamente. Y éste, como adivinando sus pensamientos, masculló:

—Muévase, Dasch, y me daré el gusto de liquidarlo ahora mismo, aunque eso no le guste a Lucius.

—Me movería si pudiese, Springer —murmuró Lee—. Pero ustedes saben pegar. ¿Dónde estamos? ¿Qué está ocurriendo?

—¿De veras quiere saberlo?

—Me gustaría.

Springer frunció el ceño. Vaciló, pero acabó sonriendo sádicamente.

—Se lo voy a decir, Dasch. Un gusto que voy a darme, antes de que lo matemos. Sí; me gustará ver su cara cuando le explique lo que vamos a hacer. ¿Alguna vez ha estado en Washington?

—Varias veces.

—Claro. Es una hermosa ciudad, ¿no es cierto? Con bellos edificios, instalaciones de todas clases... Washington es importante. En la ciudad, está todo el tinglado de la nación, la Casa Blanca, el Capitolio, el Pentágono, la Corte Suprema, el Senado, el Departamento de Estado... Y monumentos y centros importantes, como los monumentos a Lincoln, a Jefferson, a Washington. Está el Cementerio de Arlington, la...

—Sé muy bien lo que hay en Washington —cortó Dasch—. ¿Qué está tratando de decirme?

—Le estoy diciendo que Washington va a desaparecer.

—Usted está loco —palideció Dasch.

—Durante seis meses nos hemos estado preparando para eso. Ahí, en la playa, hay un camión que está recogiendo unas cajas que han llegado en un pesquero. ¿Sabe qué contienen esas cajas?

—No.

—Bombas incendiarias. Y un cañón, desmontado pieza a pieza, en varias cajas. En el camión que nos estaba esperando en la playa, todo eso será llevado cerca de Washington. Ya tenemos elegido el lugar. Allá, se instalará el cañón, será montado... Luego, comenzaremos a disparar. La primera bomba irá dirigida teleméricamente, sin el menor fallo, a la Casa Blanca. No quedarán ni cenizas, Dasch. Luego, el Pentágono, el Capitolio. En fin, todo. Tenemos doce bombas de éstas, y las dispararemos todas. Luego, nos dispersaremos por Estados Unidos, y eso será todo.

—Mentira... Sólo está tratando de... de hacerme pasar espanto, angustia, antes de matarme... ¡Mentira!

—Como quiera —sonrió Springer—. Ah, y gracias por decirme que eso le causa angustia. Es precisamente lo que quería, desde luego.

—Usted es un chiflado. ¡Está loco, Springer, si espera que yo me crea esa barbaridad! Ningún país se atrevería a ordenar semejante cosa.

—Bueno, eso es lo que usted piensa... Pero así están las cosas. Se ha empleado personal norteamericano y cubano. Precisamente, los tres especialistas en usar ese cañón desmontado, mientras los norteamERICANOS lo preparabais todo aquí. Una vez cargado el camión, sólo tendrán que llegar cerca de Washington, al lugar preparado, montar el cañón y disparar las doce bombas. De veras, Dasch: no quedarán ni las cenizas de Washington.

—Al demonio... No creo una sola palabra. Ningún país se atrevería a organizar esa canallada, porque siempre tendrían el temor de que ustedes dejasen alguna pista, o que los cazasen antes de conseguirlo.

—Usted no conoce a Lucius, Dasch —sonrió Springer—. Es más listo que el FBI y la CIA juntas. Él es el único que sabe quién nos está pagando el trabajo. Y le aseguro que nadie es capaz de atrapar vivo a Lucius. En cuanto a todo el material, olvídelo: no lleva la menor señal, marca o detalle que sirviese para identificar el país donde han sido fabricadas las bombas o construido el cañón. Han sido contruidos especialmente para este trabajo, y se han cuidado muy bien todos los detalles. Seis meses de trabajo, ya le digo.

—Tonterías —sonrió despectivamente Dasch, que notaba como una bola de hielo en el estómago—. ¡Tonterías! Cuando se está

preparando algo, así, no se mata a un agente del FBI. Springer.

—Ése ha sido el único error de toda la operación. Había que matar a un hombre, para colocarle los datos que usted ya sabe en sus ropas, o en su equipaje. Como no parece razonable que un tipo que está en la playa lleve encima cinco mil dólares, hubo que dejarlos, con la nota, en su habitación del hotel... Y si hubiese sido un tipo cualquiera, usted no estaría ahora aquí, sino en las playas de Destin, con todo el FBI y la Policía esperando una embarcación... que no llegará. Habrían dado crédito absoluto a que un tipo cualquiera se dedicase a las drogas, y, como nosotros habíamos planeado, habrían concentrado todas sus fuerzas, y las lanchas guardacostas, cerca de Destin.

—¿Y dónde estamos ahora?

—Cerca de Gulf Shores... Y sin guardacostas ni FBI a la vista, claro —rió Springer.

—Gulf Shores... A cincuenta millas de Destin.

—Más o menos. Cómo ve, a pesar del error involuntario cometido al matar a un agente del FBI. Lucius ha podido arreglarlo todo. Ya le digo que es un tipo listo. Demasiado para usted, Dasch. ¿Bien? ¿Sigue sin creer lo que le he explicado?

—Desde luego.

—Allá usted. De todos modos, no vivirá para saber que Washington ha quedado convertida en cenizas. Ya deben haber descargado casi todo... —Se puso en pie, y fue a mirar por el ventanal bajo el cual estaba el diván, al cual se subió, Lee Dasch comenzó a incorporarse, pero Springer se volvió velozmente, le apuntó y se echó a reír—. Vamos, vamos, no está tratando con tontos, Dasch. Quédese quieto y sentado, o de veras que me daré el gusto de liquidarlo personalmente ahora mismo, sin esperar a que Lucius le haga preguntas... Quieto ahí, ¿entiende?

Afuera sólo se veía el resplandor de la lima, pero Springer estuvo atisbando durante algunos segundos. Por fin, con expresión satisfecha, volvió a ocupar el sillón, y encendió un cigarrillo.

—¿Quién mató a Robert Alba? —musitó Dasch.

Springer se echó a reír de nuevo.

—La misma persona que lo mataría a usted si consiguiese escapar de aquí, Dasch. Es infalible. Y la orden fue dada... por si acaso.

—¿Quién fue?

—Le daré un detalle que. —Springer se volvió vivamente hacia el tramo de peldaños de madera que llevaba a cubierta, pero no había nadie allí—. ¿Lucius? —llamó.

Silencio.

Springer se puso en pie, vuelto de lado hacia las escaleras. Su ceño estaba fruncido, su mirada vigilante.

—¿Eres tú, Morgan? —Alzó más la voz.

—Yo no he oído nada —sonrió fríamente Lee Dasch—. ¿De qué tiene miedo, Springer?

—Cállese.

—Oh, vamos. ¿Acaso no están dominando la situación? Yo, en su lugar.

Springer se volvió decididamente hacia el

g-man

, alzando la pistola, crispado el rostro en una mueca de furia.

—¡Le estoy diciendo que se ca...!

Sucedieron varias cosas a la vez, en menos de un segundo... Gertrude Pitts lanzó un gritito agudo de espanto; Lee Dasch se tiró de lado contra ella, de modo que ambos rodaron por el suelo, una sombra negra, brillante, apareció de pronto en el *living-yacht*, salvando los escalones de un salto; Springer oyó el ruido, intuyó aquella presencia, volvió la cabeza...

Plop.

La primera bala disparada por el hombre-rana le dio en el hombro izquierdo, le hizo dar una vuelta completa, lo tiró de rodillas... Y Springer, chillando, se encaró de nuevo con el hombre-rana, alzando otra vez la pistola.

Plop.

La bala le acertó esta vez en el corazón, de modo que la cuestión quedó resuelta. Lentamente, Springer se fue deslizándose hacia el suelo, soltando la pistola, desorbitados los ojos, crispada la boca. Cayó de bruces, y... fin. Sí; cuestión resuelta.

Bajo la aterrada mirada de Gertrude Pitts, aquella sombra negra, casi siniestra, se acercó a ellos, pistola en mano. Se quitó la capucha de goma, echándola hacia atrás, y sonrió crispadamente.

—¿Estás bien, Lee? —preguntó.

—Regular solamente, Pete. Y debo decirte que no has sido muy

oportuno.

El atlético, rubio y atractivo hombre-rana frunció el ceño.

—¿De veras? —masculló.

—Estaba a punto de decirme quién mató a Bob.

Pete Farland, agente especial del FBI, el mejor nadador con que contaba la Delegación de Mobile, Alabama, se mordió los labios.

—Lo siento, Lee. Estuve esperando hasta que todos estuvieran en la playa, muy ocupados. Sabía que aquí había quedado solamente un hombre, pero no fue fácil subir sin hacer ruido con el gancho en la borda. Si llego a saber...

—Está bien. —Lee se había puesto en pie—. Déjame que te ayude a quitarte esto. ¿Has avisado al jefe?

—Pude hacerlo con la radio de bolsillo antes de subir al yate. Están muy cerca, pero antes de atacar querían saber si tú y la señorita estabais bien.

—Ya te digo que estamos regular... Vamos a ver si no se ha estropeado nada.

Abrieron la mochila de goma que el hombre-rana había llevado a la espalda, y Dasch sacó el envoltorio de plástico transparente que contenía una radio, dos pistolas, una para lanzar bengalas, estuche con varias de estas...

—Bueno —musitó Farland—. ¿Puedo saber qué estás haciendo?

—Voy a llamar al jefe para decirle que...

—¿Por qué no usas ésta mía? Están tan cerca que alcanzará. Es la que he usado yo hace poco.

Se desprendió del cinturón de goma que sostenía un ancho cuchillo otro envoltorio de goma negra, y sacó la radio de bolsillo, sonriendo un tanto irónicamente Dasch la tomó de un manotazo.

—Muy gracioso —refunfuñó—. ¡Muy gracioso, hombre!

—Comprenderás que además de la radio grande por si nos alejábamos mucho de la costa, tenía que llevar una pequeña, más fácil de manejar. ¿Tú no habrías hecho lo mismo?

Dasch volvió a refunfuñar, y apretó el botón de llamada.

—¡Pete! —Oyó la voz del inspector Gallup—. ¡Tenemos que saber algo pronto o...!

—Buenas noches, señor —sonrió secamente Lee.

Hubo un segundo de silencio. Luego, la voz de Gallup, relajada, en un suspiro:

—Lee. ¿Estás bien? ¿Estáis bien los dos?

—Ya le dije que daría resultado, señor. La señorita Pitts y yo estamos aceptablemente bien. Y somos dueños del yate.

—¡Bien! ¡En ese caso, vamos a atacar ahora mismo a esa gente! ¡Los estamos viendo, y...!

—Señor, ¿sabe usted lo que contiene ese camión?

—Mmmm... No. Claro que no.

—Doce bombas incendiarias capaces de convertir en cenizas la ciudad de Washington. Y un cañón desmontado. Para dispararlas, claro.

—¿Estás loco?

—Yo no, señor. Ellos. Si atacan ahora, no sé lo que podría pasar con esas bombas. Personalmente, opino que debemos apoderarnos de ese camión sin violencias.

—Santo Dios... Lee. ¿Estás seguro de lo que dices?

—Absolutamente.

—Por el cielo. Bien, no sé... ¿Qué puedes sugerir?

—Yo dejaría marchar el camión.

—¡Estás loco! —afirmó ahora Gallup—. ¡Ese camión no debe...!

—¿Puedo acabar de explicarme, señor?

—De acuerdo, te escucho.

Lee Dasch estuvo hablando durante cinco minutos. Luego, cerró la radio, se incorporó, y miró a su compañero Pete Garland, que estaba mirando hacia la playa por el ventanal.

—¿Cómo están las cosas ahí? —preguntó.

—Tranquilas —murmuró Farland—. Esa gente está regresando al pesquero, Lee.

—Bien. La operación ha terminado para ellos. Que se marchen, el jefe ya debe estar avisando a los guardacostas para que les salgan al encuentro. No llegarán a ninguna parte. Mira hacia la playa. ¿No ha quedado nadie ahí?

—El camión se va... Lleva todas las luces apagadas.

—En ese camión van tres especialistas capaces de convertir Washington en una nube de humo. Y tienen con qué hacerlo... si es que llegan a Washington, claro, cosa que me permito dudar. ¿No hay nadie en la playa? —repitió.

—Sí. Dos hombres. Tienen un bote hinchable.

—Son Morgan y mi amigo el barbas. Van a venir aquí, para

acabar conmigo... después de interrogarme. Y más adelante, emprenderán el camino hacia Washington, para reunirse con los del camión en alguna parte. —Bueno— sonrió secamente Farland. —Querrás decir que eso se creen ellos, ¿no?

—Claro. Baja ya de ahí, Pete.

—Subamos —musitó Lucius Rollner, asiendo la escala que pendía de la borda del yate—. Hay que liquidar pronto este asunto, y partir hacia Washington en el acto. Tenemos que estar en el lugar convenido antes de que llegue el camión.

—No hay prisa —encogió Morgan los hombros—; tardará mucho más que nosotros.

Pero ambos ascendían ya. Llegaron a cubierta, y se dirigieron sin vacilar hacia el portillo. Siempre en cabeza Lucius Rollner, ambos emprendieron el descenso, tranquilamente. Tan tranquilamente, tan confiados, que cuando se dieron cuenta estaban en el *living-yacht* bajo la amenaza de la pistola que empuñaba el impávido Lee Dasch, que se apartó del rincón donde había estado agazapado. Morgan respingó, llevó la mano a la pistola, y, al captar la mirada fría del *g-man*

se quedó inmóvil, con la mano en el pecho. Lucius Rollner, simplemente, había palidecido. No digo ni una sola palabra, no respingó, no pareció alterarse en lo más mínimo.

—¿Qué tal? —saludó mordazmente Lee.

—Bien —sonrió el barbudo—. Le felicito, Dasch. Es evidente que lo menosprecié. Mmm... ¿Cómo se dice...? Lo subestimé. ¿Se dice así?

—Más o menos. Tengo dos preguntas para usted, Zinser, o como se llame.

—Bien. Quizá nos entendamos. ¿Qué preguntas son?

—Primera, ¿quién le ha pagado por hacer esto?

—¿El qué? —Alzó las cejas Lucius.

—Springer soltó mucho la lengua. Quería asustarme contándome sus planes... y le aseguro que lo consiguió. Pero todo va a terminar mal para ustedes; en estos momentos, cuatro o cinco lanchas guardacostas van a la caza del pesquero que trajo las bombas y el cañón. Y se ha tendido una trampa al camión: la Highway Patrol va a cortar un tramo de carretera, de modo que el camión tendrá que detenerse en determinado lugar. Y justo entonces, una docena de

agentes del FBI, aparecerán. ¿Lo entiende? Esto quiere decir que sabré lo que me interesa, de todos modos.

—Lo dudo. Nadie más que yo sabe quién ha pagado este trabajo. En cuanto a los del pesquero y los del camión... No se dejarán atrapar con vida.

—Peor para ellos. Repetiré la primera pregunta: ¿quién...?

—Pierde el tiempo, Dasch.

—Quizá no le importe tanto contestar a la segunda pregunta: ¿Quién mató a Robert Alba?

Lucius Rollner sonrió fríamente.

—Si le dijese eso, Dasch, usted todavía viviría muchos años. Así que... me voy a permitir no darle respuesta. Pero quiero que sepa que pase lo que pase, usted está condenado a muerte. Previne esto.

—Lo sé. Por eso, si me dice quién me buscará para matarme tan a sangre fría como hicieron con Robert Alba, tendré alguna probabilidad de sobrevivir, ¿no cree?

—¿Y cree que yo voy a darle esa oportunidad? Está loco. ¿Qué puede darme a cambio?

—Nada.

—¿Me dejaría marchar?

—Nunca.

—Bien. Usted pone las cosas muy difíciles, Dasch. Quiero que sepa que no pienso dejarme atrapar vivo.

—No sea estúpido: tengo una pistola en la mano, Zinser.

—Admito que es una pequeña ventaja, pero...

Lucius Rollner actuó con una rapidez y eficacia admirables. Saltó detrás de Morgan, empujándolo hacia Lee Dasch, y, al mismo tiempo, llevó la mano a su pistola... Morgan emitió un grito, pero, en una millonésima de segundo supo lo que iba a suceder, e intentó evitarlo, adelantándose él al disparo del agente del FBI. Pero era imposible. Dasch sólo tuvo que apretar el gatillo, y la bala destinada al barbudo dio en la frente de Morgan, tirándolo hacia atrás, empujando a Zinser, que ya tenía la pistola en la mano, y sosteniendo derecho a Morgan, disparó contra Lee Dasch, el cual estaba ya en el suelo, rodando hacia un lado... Y al mismo tiempo que aparecía Pete Farland pistola en mano por el pasillo de los camarotes, Lee Dasch, desde el suelo, en postura forzadísima, disparaba dos veces contra Lucius Rollner.

¡Pack, pack...!

Fueron dos disparos increíbles, pasmosos, las dos balas pasaron rozando al ya difunto Morgan, por el mínimo hueco existente, y llegaron, prácticamente juntas, a la cabeza de Lucius Rollner, que lanzó un chillido, cayó de espaldas contra las escaleras, y luego se fue deslizando por ellas, lentamente, rebotando con suave sonido.

Gertrude Pitts apareció también en el pasillo, corrió hacia el *g-man*

, y se abrazó a él, sollozando.

—Lee... Te lo suplico... Sácame de aquí... ¡Sácame de este barco, por Dios...!

—Por supuesto —musitó el

g-man

—. Voy a sacarte de aquí, querida, será ahora mismo. Pero va a ser para llevarte a la cárcel; quedas detenida en nombre de la Ley.

Gertrude Pitts se apartó y lo miró con expresión alelada.

—¿Qué... qué... qué... dices... qué...?

—Estás detenida. Y dentro de muy poco, estarás en un calabozo del teniente Murray.

—Pe... pero... Lee, no... no sé qué... qué... dices... No... no entiendo...

Lee Dasch se volvió hacia el estupefacto Pete Farland, que lo contemplaba boquiabierto.

—¿Quieres encargarte de ella, Pete?

—Pu... pues... Bueno, claro. Lee... Si tú lo dices... Pero me pareció que... Vamos, que querías a la señorita Pitts, y que... ¡Por todos los demonios, no tengo por qué tartamudear! Quiero una explicación, y ahora mismo. ¿De qué vamos a acusar a la señorita Pitts?

Lee Dasch miró impávido a la expectante y aterrada muchacha.

—Del asesinato de Robert Alba, agente del FBI.

CAPÍTULO XII

Hacía un hermoso sol, ciertamente. Un día espléndido de verano, que valía la pena gozar. Y eso era lo que parecía estar haciendo Lee Dasch, tumbado en la arena, cerrados los ojos... Algunos clientes del hotel pasaban cerca de él, mirándolo con cierta curiosidad. Quizá, preguntándose dónde estaría la señorita Pitts, que hasta entonces no había dejado de corretear detrás del serio y grave caballero...

En la orilla del mar, algunos niños jugaban, y la pandilla de jóvenes reían y alborotaban simpáticamente. Pero, cuando el señor Dasch se sentó en la arena, y los miró con el ceño fruncido, estuvo bien claro que a él, todo aquel jolgorio no le parecía nada simpático.

Y lo demostró.

Fruncido el ceño, se puso en pie, recogió su toalla, su bolsa de playa, y comenzó a alejarse, baja la cabeza, siempre serio, casi hosco el gesto. La verdad es que no parecía nada simpático. Ni una pizca. Era educado, desde luego, pero... eso no basta en la vida. También hay que ser un poco amable, cordial, comprensivo, generoso... y, ¿por qué no? Hasta un poco simpático. Sólo que todas estas cuestiones, bien claro estaba, no interesaban en lo más mínimo al señor Dasch, el de la cara seria, que con su toalla y su bolsa, comenzó a alejarse del bullicio que tanto parecía desagradarle.

Y así, tan aprisa como quien huye de una nube de mosquitos, el señor Dasch se fue alejando, alejando, alejando, hasta que llegó a un lugar que, al parecer mereció toda su aprobación; nadie delante, nadie detrás, nadie a la derecha, nadie a la izquierda...

Okay.

En tan solitario, tranquilo y soleado lugar, el señor Dasch volvió a colocar su toalla sobre la dorada arena, se cercioró nuevamente de que nadie podría molestarle, y se tumbó al sol.

Cada uno tiene derecho a hacer lo que le gusta.

Eran las once de la mañana.

A las once y diez, pasó un grupo de jóvenes corriendo por la arena que lamía el mar, pero el señor Dasch apenas movió la cabeza para mirarlos.

De las once y veinte a las doce y cuarenta, una lancha comenzó a dar pasadas y pasadas por delante de él, sobre el refulgente azul del mar, llevando detrás a una escultural muchacha en bikini, que parecía haber nacido esquiendo.

A las once y cuarenta y cinco, cuando ya la lancha parecía haber tomado definitivamente otro rumbo, pasó una bandada de gaviotas, graznando.

A las once y cincuenta y cinco, pasó una parejita muy abrazados, que parecían buscar un lugar aún más íntimo que el elegido por el señor Dasch.

A las doce y cinco, el grupo de jóvenes pasó, de nuevo corriendo, ahora en dirección a la playa del hotel.

A las doce y cuarto, llegó la rubita del bikini, llevando su cajita de helados. Entornados los ojos, que miraban más hacia el grupo de palmeras de su espalda que a cualquier otro sitio, el señor Dasch la vio acercarse decididamente a él, y frunció el ceño.

—¿Bombón helado, señor?

—No, gracias. Lo siento.

La rubita de los ojos azules miró a todos lados, como desalentada.

—Oh, bien. Siento molestarle. Es que sólo me queda uno, y como en la playa del hotel ya no queda nadie, pues están almorzando por favor, señor.

—Bueno... Está bien, está bien. Deme ese bombón.

—¡Gracias, señor! No sabe cuánto se lo agradezco. Llevo toda la mañana al sol.

—Pues no le sienta nada mal —masculló el señor Dasch.

Alargó la mano, asió la bolsa, la abrió, y asió una moneda de veinticinco centavos, apartando la pistola. Iba a sacar la mano cuando quedó petrificado. Todavía la mano dentro de la bolsa, el

g-man

estuvo contemplando la moneda, inmóvil, mientras notaba un latigazo helado en todo el cuerpo. Alzó la cabeza, y vio a la muchacha abriendo la cajita blanca con la mano izquierda, y metiendo la derecha dentro.

—Me llamo Mabel, señor —decía ella—. Suelo estar por...

Lee Dasch dejó caer la moneda, tomó la pistola, y la sacó, apuntando fríamente a la muchacha.

—Vea esto, Mabel —susurró.

Ella alzó la sonriente mirada, y su rostro perdió instantáneamente todo color.

—Deje la mano quieta ahí dentro —siguió susurrando el hombre del FBI—. Se lo aseguro, Mabel, si la saca, la mato.

—Ay, Dios mío. Pero, señor, yo... yo...

—No se mueva.

Se puso en pie, lentamente, fijos sus ojos en la rubia, bonita, preciosa, delicada jovencita en bikini. Siempre despacio, adelantó su mano izquierda, asió la muñeca derecha de Mabel, y la fue retirando del interior de la blanca caja. La pistola del

g-man

estaba a menos de un palmo de la cabeza de la rubita. Por fin Lee Dasch retiró la mano de la cajita, sosteniendo entre sus finos dedos fortísimos la pistola con silenciador. Ni siquiera miró el arma. Pero sí miraba, con una fijeza escalofriante, los ojos de la muchacha.

—Camine —dijo sordamente—. Pero no hacia el hotel, sino hacia las palmeras. No hay por qué dar un espectáculo.

—Le... le aseguro... La llevo por, por sí...

—Camine. Llevo dos días esperándola, Mabel. Pero ha valido la pena.

—Yo...

—No diga nada más. Es inútil. Se lo ruego —la voz del hombre del FBI pareció romperse, astillarse—. Si sigo oyéndola, pensaré más en Robert Alba, y quizá no pueda contenerme. Cállese y vámonos.

Mabel Allerton, palidísima, comprendió que aquel hombre estaba haciendo inauditos esfuerzos para no disparar contra ella, y tragó saliva. Sin más, ambos comenzaron a caminar hacia las palmeras... y eso llevó una esperanza a los ojos de Mabel. El propio agente del FBI se estaba metiendo en la trampa, sin saberlo. Steyn la

estaba esperando por allí, con el coche, para huir en cuanto hubiese matado a Dasch. El mismo Dasch se estaba metiendo en la trampa...

Llegaron a las palmeras, y, por un instante, Mabel vio el brillo metálico detrás de una de ellas. No pudo contenerse, echó a correr, gritando:

—¡Steyn, mátalos! ¡Me ha descubierto, mát...!

Vio el brillo palidísimo del fogonazo, y notó en el pecho el tremendo impacto, fue tan fuerte que no sólo la retuvo, sino que la tiró de espaldas sobre el arenoso suelo.

Por encima suyo vio pasar algo, pero no pudo identificarlo. En realidad, ya no podía identificar nada. Oh, sí. Oyó aquellos secos chasquidos. Disparos sin silenciador. O sea, que no había sido Steyn quien había disparado aquella vez, sino Dasch. Parecía que el sol se estaba marchando rápidamente. Sí, eso era. Llegaba la noche. ¡Qué rápidamente! Pero si hacía unos segundos era mediodía... ¿cómo podía ser ahora casi de noche? ¿Dónde estaba Steyn? ¿Por qué no la ayudaba? Oh, sí... Steyn se había asustado al ver que ella había fracasado, y que el agente del FBI la había detenido. Claro; Steyn tendría miedo de no matar al agente del FBI al primer disparo, y entonces, había preferido matarla a ella, para que no lo delatara. ¡Y ella había sido tan tonta que había corrido hacia él, ofreciéndose como blanco perfecto! ¡Qué tonta había sido! Claro: Steyn había buscado su propia seguridad, y ahora, seguramente estaba escapando en el coche. Tenía que admitirlo. Sí, Steyn sí había sabido elegir bien su víctima.

¡Qué negra, fría, terrible oscuridad...!

Más allá, el agente del FBI. Lee Dasch dejó de contemplar el cadáver de Steyn, que yacía boca arriba, mostrando sus abiertos ojos. Lentamente, el

g-man

se puso en pie, y regresó sobre sus pasos, sin hacer caso de la gente que iba llegando, corriendo.

Todavía con la caliente pistola en su diestra, Lee Dasch se arrodilló junto a la muchacha, y tomó su muñeca con la mano izquierda. Apretó los labios, miró aquellos hermosos ojos azules, tan abiertos, y estuvo así unos segundos, esperando notar en las yemas de sus dedos el latido de la vida.

Pero, poco después, Lee Dasch cerraba para siempre aquellos

párpados.

No sentía el menor remordimiento.

Estaba convencido de que, aquella vez, la muerte había sabido escoger perfectamente su víctima.

ESTE ES EL FINAL

Gertrude Pitts alzó la mirada, y se quedó mirando fijamente a Lee Dasch, que entró en el calabozo, y fue a sentarse a su lado. El hombre del FBI sacó cigarrillos, encendió dos, y tendió uno a Gertrude, que movió la cabeza negativamente.

—Supongo que me guardas rencor —susurró el

g-man

—. Pero no podía hacer otra cosa. Bien, creo que debo informarte de cómo ha terminado el asunto; mis compañeros atraparon a los del camión, y, efectivamente, contenía doce bombas y un cañón extraño, de largo alcance, con un medidor-apuntador extraordinario... Tuvimos dos heridos, pero... aquellos hombres prefirieron morir a entregarse. Los de la barca de pesca, hicieron frente con armas de largo alcance a los guarda costas, y... fueron hundidos. No ha quedado nadie vivo, Dios... Jamás sabremos quién planeó todo esto, pero al menos, lo hemos evitado. ¿De verdad no quieres fumar?

—No.

—Bien... Ah, supongo que todavía te estás preguntando de dónde salió Pete Farland. Sí... Bien, estaba en el maletero de mi coche, ya equipado. Mientras tú entretenías a Littman, yo pinché una de sus ruedas, así que tuvimos que usar mi coche, llevándonos a Pete. El salió del maletero mientras esperábamos la lancha del yate, y fue nadando hasta éste, adhiriéndose al casco con unas ventosas... Sí... Yo planeé eso, claro... Gertrie, todo ha terminado. ¿Lo entiendes?

La muchacha lo miró de pronto, y Lee Dasch notó un nudo en la garganta al ver las lágrimas en los hermosos ojos.

—Lee —gimió ella—. Te lo juro otra vez, yo no tuve nada que ver con todo eso, no hice nada, no sé nada... ¡Te lo ju...!

—Ya lo sé.

—¿Ya lo sabes?

—Lo he sabido en todo momento, Gertrie.

La muchacha se enderezó, mirando a Dasch incrédulamente.

—¿Me estás diciendo que nunca has pensado que yo fui quien mató a tu compañero?

—Bueno, tanto como nunca... Al principio, sí, pero cuando te detuve, ya sabía que no habías sido tú.

—¡Por el amor de Dios! —chilló Gertrie, poniéndose en pie de un salto—. ¡Pe... pero tú, eres... eres...! ¿Por qué me detuviste, si sabías que no había sido yo? ¡Llevo tres días encerrada aquí, y ahora me dices...!

—Bueno, nena —masculló el

g-man

—, siempre se está mejor en un calabozo que en un ataúd.

—¿En... en un... en un...?

—Ataúd. Tenía algo que hacer, y como eres tan pegadiza, pensé que no querías separarte de mí, así que... pensé que aquí estarías segura mientras yo... acababa un trabajo.

—Lee, ¿me encerraste aquí para que no me ocurriese nada?

—Claro.

—Entonces... ¿es que me quieres realmente?

—Ya te dije que a mí no me gustan las tonterías.

—Entonces, o boda o nada —casi gritó de alegría Gertrie.

—Exactamente.

—¡Oh...! ¡Ooooh...! ¡Pe... pero esto... esto es maravilloso!

—No tanto —masculló el

g-man

—. Quiero que sepas que soy un hombre serio, poco hablador, tranquilo, con la única ambición de servir al FBI, y que no gano más de quince mil dólares al año. También quiero que sepas que si nos casamos tendrás que comprar la casita en Mobile, no en Pensacola, ya que yo trabajo allí. Deberás acostumbrarte a esperarme algunas noches sin que llegue, o bien, a dormir sin haberme esperado. No

protestarás nunca por mí trabajo, ni te atreverás a sugerirme que me busque otro más remunerado... Ni... ni... ni...

—Parece que ya has terminado.

—Por ahora, sí. Bien, ¿qué contestas?

Gertrude Pitts se abrazó al

g-man

, le hizo tirar los dos cigarrillos, y lo besó en la boca, dulcemente.

—En cuanto te vi, pensé que no podrías escapar de mí —murmuró—. Soy una tonta, pero sentí un flechazo tremendo.

—Pues no sé qué has visto en mí, francamente —gruñó Lee Dasch.

—Ah, querido, ése es mi secreto... Pero no te preocupes, te aseguro que yo sé elegir bien... mi víctima para toda la vida.

Se volvieron a besar. Y pasaron la luna de miel fuera del calabozo.

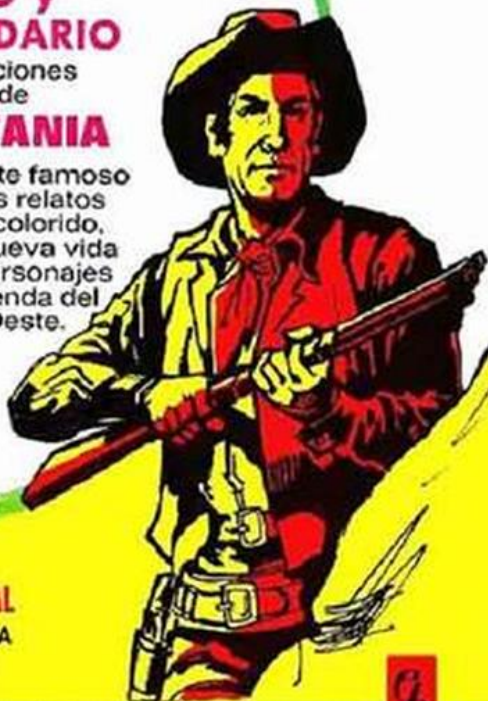
No faltaba más.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO
las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.





Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...